

HISTORIAS CHILENAS DE FANTASMAS

TESTIMONIOS REALES

CÉSAR PARRA

CON LA COLABORACIÓN DE CECI CASANOVA Y MARTA ORTEGA

AGUILAR

Índice

Cubierta

Prólogo

Introducción

Historias chilenas de fantasmas

Agradecimientos

Créditos

*A la memoria de Percy Eaglehurst, Andrés
Barros, Antonio Márquez, Jorge Délano,
Gustavo Frías, Madame Michaud, Madame
Matsumoto, Elcira Pinticart, Inés Echeverría,
las hermanas Morla, Franco Cassinelli y
Elizabeth Sanhueza Matos, esta última, el
primer fantasma que vi en Puerto Montt*

Estoy sentado en la puerta de mi casa esperando que pase el fantasma.

Oscar Hahn, *En la vía pública*

—¿Qué es un fantasma? Un evento terrible condenado a repetirse una y otra vez, un instante de dolor, quizá algo muerto que parece por momentos vivo aún, un sentimiento suspendido en el tiempo, como una fotografía borrosa, como un insecto atrapado en ámbar.

Guillermo del Toro, *El espinazo del diablo*

Prólogo

LA DIMENSIÓN DESCONOCIDA

La vida tiene una sola certeza: la incertidumbre.

Creyentes, ateos y agnósticos somos férreos en nuestros diferentes puntos de vista respecto a la existencia de Dios. Sin embargo, todos nos dejamos encantar del mismo modo con los personajes que se anidan en las caprichosas sombras de la noche.

Con *Historias chilenas de fantasmas*, César Parra no busca novelar hechos ni construir un cuento, mucho menos crear relatos poéticos. Simplemente ejerce, sin otra pretensión que la palabra sencilla, el oficio de cronista. Con una humildad abismante nos conduce a una dimensión desconocida, donde lo imposible parece posible y lo increíble, aterrador.

Pareciera que solo escucha y transcribe, pero nada más lejos de eso. Parra se abre con subrepticia filosofía al apetito de satisfacer esa inconmensurable necesidad que posee el ser humano de creer. Y lo hace recogiendo, masticando, macerando y, de manera primordial, seleccionando con sabiduría cada testimonio de sus interlocutores, que no solo necesitan atención, sino sobre todo una explicación a sus reveladoras experiencias.

Por cierto que la mayor virtud del autor de este libro es precisamente no caer en la tentación de tener que explicar lo inexplicable ni demostrar con evidencias la virtud de un testimonio —por esencia, intangible—, cuya única validez ha sido, es y será siempre la tenebrosa duda.

Un fantasma es un ser que no existe... pero aparece. Para desgracia o fortuna, eso no depende de cada uno.

Carlos Pinto

Introducción

LA NOCHE ES DE LOS FANTASMAS

Las historias de fantasmas que contiene este libro conllevan, a su vez, otra historia detrás.

Había terminado un exitoso ciclo en el programa *Me late* —en compañía del popular Daniel «Huevo» Fuenzalida—, el que se había prolongado por cinco años y donde hablé de conspiraciones, curiosidades históricas y fantasmas chilenos, cuando desde Chilevisión me llamaron para asesorar uno de sus proyectos más curiosos: *La hermandad*. El programa fue irregular en sus resultados, pero me sentí muy orgulloso de la labor realizada en los reportajes, que fueron de una producción extraordinaria. En los intervalos de las grabaciones conversábamos con Julio César Rodríguez —a quien también me tocaba asesorar en su escaso conocimiento de lo esotérico— sobre cine, y llegamos a coincidir tanto que al terminar el ciclo en Chilevisión me invitó a participar de su late en TV cable *Síganme los buenos*. Allí iniciamos otro ciclo de tres años, esta vez hablando del Séptimo Arte.

Respecto al proceso creativo, me encontraba absolutamente trabado; parecía que una maldición se hubiese apoderado de mis dedos, pues apenas lograba escribir con dificultad la respuesta a algún mail. Incluso había rechazado una oferta de mi buen amigo Francisco Ortega para escribir un nuevo libro acerca de fantasmas. Así es como el proceso que dio origen al libro que usted tiene en sus manos partió de una manera muy extraña.

Cada viernes —que era el día que me tocaba salir al aire— la grabación del *Síganme los buenos* concluía con la presentación del ballet de un conocido centro nocturno que ni siquiera sé si todavía existe. El encargado de llevar a las chicas era el conductor del espacio nocturno de la radio Bío-Bío, Cristián Gil Salazar, Gilhino. El asunto es que a Gilhino le encantaba la interacción y la facilidad con que yo explicaba distintos géneros y películas clásicas del cine, por lo que me propuso llevarlo a la radio, a su espacio nocturno. Recuerdo que en ese momento agradecí el regalo, ya que me ayudaba a potenciar mi emprendimiento *de ghost tours* por distintos lugares de Santiago. Pero le dije a Gilhino que el cine y las películas que yo abordaba resultaban un tema un tanto elitista para ese horario. Le planteé de inmediato la idea de que fuera un espacio donde la gente pudiese contar sus experiencias en lugares encantados e historias de fantasmas a lo largo de Chile. Había una deuda no saldada por recuperar un proyecto de esas características en la radio, que había dejado de existir al menos desde la muerte del histórico Patricio Varela y luego de Martín Chávez.

La noche debía ser de fantasmas.

Fue así como empezamos en radio Bío-Bío, con una emisión sin nombre con la que rápidamente la gente enganchó. Nos llegaron historias de camioneros, guardias nocturnos, jubilados, enfermeras... en fin, toda la fauna nocturna que no podía o no debía dormir.

El programa fue un éxito y me di cuenta de que los auditores que contaban sus historias se fidelizaban y se iban transformando en una legión de fieles seguidores... en un verdadero pueblo fantasma. En complicidad con Gilinho el espacio pasó a llamarse *Pueblo fantasma* y creció aún más en popularidad, hasta que después de casi un año y medio, la radio sufrió un giro editorial que dejó al conductor fuera de la emisora. Por lealtad, obviamente, lo seguí.

Pasaron algunos meses, y una auditora chilena que vivía en Noruega, de nombre Paola, se comunicó conmigo para decirme que debía probar suerte en radio ADN, ya que también tenían un programa nocturno, y que ella estaba segura de que esta apuesta sería recibida con entusiasmo. Ella misma planificó desde Europa una reunión con César Peña, el conductor del espacio, y así fue como *Pueblo fantasma* volvió a tener un hogar en la noche. Efectivamente, el programa creció en cantidad de emisiones —dos veces a la semana— y del que se derivó un *spin off* —al que bautizamos *Archivos César Parra*— donde se me permitía hablar de mi otro gran interés: la historia. Una vez más logramos convertir el tema en un éxito y en referente radial para la noche santiaguina.

Las historias que conforman este libro provienen de ambas canteras, esto es, tanto de la sección que hicimos con Gilinho en radio Bío-Bío como de aquellas con César Peña en radio ADN. En esta última, el programa tuvo una continuidad de aproximadamente tres años, hasta que un nuevo giro editorial acabó con el espacio. A partir de ese hecho, yo sentí que había material suficiente para hacer un libro... o varios. Pero sufría de una sequía literaria que ya se prolongaba por ocho años.

Al inicio de la pandemia comencé a realizar transmisiones en vivo para acompañarme yo y acompañar a la gente, las que se volvieron muy populares y alcanzaron hasta cinco mil personas conectadas en vivo durante una entrega realizada desde el abandonado hospital Félix Bulnes. En ese proceso conocí gente muy interesante, como la guionista Ceci Casanova y la académica Marta Ortega. Sin siquiera darme cuenta, estaba formando el equipo que me ayudaría a seleccionar, transcribir y darle forma a lo que serían las historias de este libro.

Fue entonces que surgió otra circunstancia que inspiró este nuevo proyecto. La editorial que me había contratado varios años antes para escribir un libro de historia —en la época en que empezó el auge de la revisión de la historia de Chile— me contactó para que resolviera definitivamente si iba a concretar su escritura, de lo contrario mejor finiquitáramos el acuerdo. Es aquí donde debo agradecer la paciencia y bonhomía que tuvo hacia mi persona el gran Daniel Olave, quien, tras insistir, logró convencerme de volver a trabajar en un material distinto: las historias de fantasmas.

Mi deseo es que usted, lector, lectora, abra este libro en cualquiera de sus páginas, al azar, y se

sorprenda, se asuste y se maraville. Lo paranormal es transversal, y lo transversal es uno de los rasgos que efectivamente reúnen a la gente de un país.

Es un libro parecido a mi primera trilogía de la década de los dos mil, pero distinto. En su ordenado caos pretende abarcar la mayor cantidad posible de las mejores historias que se transmitieron en la radio entre los años 2017 y 2021. Espero de corazón que lo disfruten tanto como yo disfruté escribiéndolo con la inestimable y desinteresada ayuda de mis queridas Ceci y Marta.

César Parra
Puerto Montt, 2022

HISTORIAS CHILENAS DE FANTASMAS

La mujer que llora

Al frente de nuestra casa en Quilpué existía una propiedad de dos pisos abandonada. Sus dueños se habían ido a vivir a Viña del Mar y nadie la quiso arrendar. En una ocasión —yo tenía alrededor de nueve años—, con unos amigos entramos para rescatar a un gato que se había quedado encerrado. Ya habíamos estado un par de veces para jugar, y en ambas oportunidades oímos un sonido como el llanto de una mujer, así que salimos corriendo de ahí. Cuando volvimos buscando al gato, no pasó mucho tiempo antes de que se escuchara el lamento de una mujer. Era un sonido horrible, con dolor, como si estuviera sufriendo por alguien. Eso nos caló hasta los huesos y desde ese momento jamás volvimos a irrumpir en el lugar. Ahora entiendo por qué nunca más nadie ocupó esa propiedad y continúa vacía: el sitio es enorme y la casa muy hermosa, pero el alma de aquella mujer no dejará vivir en paz a quienquiera que pretenda habitarla.

Jaime Garín, Quilpué

¡Ayúdalo!

Esto me pasó hace un tiempo trabajando como chofer de Uber. Me encontraba en Viña del Mar, en calle 15 Norte. Alrededor de la medianoche me salió una carrera a una cuadra del cementerio Santa Inés. Cuando llegué a la dirección, había una joven esperándome. Recuerdo que se sentó atrás y me pidió que por favor me apurara para ir en ayuda de su pololo, así que partí lo más rápido posible. Su destino era el sector de Las Salinas, justo frente a una estación de servicio. Durante el trayecto lo único que hacía la mujer era llorar. Cuando llegamos, en el lugar había ocurrido un accidente de tránsito. Ella me rogó que fuera a auxiliar a su novio. Me bajé y me acerqué al vehículo accidentado. Los carabineros presentes me preguntaron si yo era algún familiar, extrañados de lo rápido que había llegado. No alcancé a responder, cuando vi que estaban sacando a un joven del auto y subiéndolo a una ambulancia. Lo que me dejó helado fue que el asiento del copiloto lo ocupaba la misma chica que había trasladado en mi auto, pero estaba muerta. Son muy pocas las personas a las que les he contado esta historia.

Marco, Viña del Mar

La niña mariposa

Cuando mi hija tenía un año y medio empezó a decir que veía personas. Ahora que está más grande me cuenta que estas personas le hablan, pero no sabe qué quieren realmente. Que hay un hombre alto, de negro y de brazos largos que le tironea las piernas y le dice que se la llevará. Mi hija lo dibujó junto a otro hombre que sale de un túnel e irradia una luz blanca. Me comentó que ese hombre le había anunciado que su hermana mayor iba a tener un accidente, y dos días después efectivamente chocó en su auto. Llevé a mi hija a la iglesia y el pastor me señaló que ella era un ser de luz. Sin embargo, me aterran las cosas que me habla de repente. Por ejemplo, que hará un viaje en tren y que yo no debo extrañarla porque siempre estará conmigo, o también que se irá con la niña mariposa. Al preguntarle a qué se refiere, me explica que es una niña que tiene alas y una luz muy blanca encima de su cabeza, tan blanca que duele la vista al mirarla, y que se irá con ella cuando cumpla ocho años. Mi hija tiene cinco.

Priscila, Limache

El amigo imaginario

La hija de una pareja de amigos tenía alrededor de dos años y medio y siempre parecía jugar con alguien invisible. Cuando íbamos a visitarlos, la niña solía jugar en la sala mientras nosotros estábamos en el comedor. Una tarde de sábado, compartiendo junto a otros conocidos, de repente sentimos que gritaba en su habitación. Fuimos todos a ver, pues el grito había sido espeluznante. Cuando entramos a la pieza, sentimos mucho frío, y la pequeña apuntaba a la nada diciendo una y otra vez «No». Sus papás la calmaron, pero notamos que había un cuchillo en el piso. Mi amiga le preguntó a su hija que qué hacía un cuchillo en su dormitorio, a lo que la niña le respondió «el amigo es malo». Todos quedamos muy conmocionados, y esa noche fui uno de los que alojó ahí para acompañar a la familia. Al poco tiempo mis amigos se fueron de esa casa. Hoy la niña no recuerda el episodio.

Carlos Zamorano, Puente Alto

El recado

Vivo en una parcela en donde hay una fábrica. En invierno viene gente a pedirme pedazos de madera para hacer fuego; muchas son personas de la calle que la necesitan para sus fogatas y así mantenerse abrigadas. Tengo marcada la fecha —un 7 de septiembre— en que ocurrió lo que les voy a contar. En aquella ocasión llegó un señor a pedir leña; venía con un carro de supermercado, y por supuesto que le di. Lo llevé al fondo del terreno donde tengo los despuntes y al final terminamos conversando alrededor de cuarenta minutos. Lo noté pálido. El hombre me repetía constantemente que él y su mujer tenían mucho frío; incluso toqué su mano y estaba muy helada. En un momento de la conversación me preguntó si conocía a Ana María. Casualmente ella es mi vecina. «Es la mujer que hace las costuras», le comenté; me dijo que era su hija. Entusiasmada, le ofrecí acompañarlo para que la viera, pero no accedió. Solo me encargó que le diera un recado: que le mandaba saludos y que quería mucho a su nieto. Que no iba a verla porque debía volver con su mujer, y que ella tenía mucho frío.

Al día siguiente fui donde Ana María y le conté que su padre había ido a mi casa a buscar madera. Le di el recado y también le hice saber que andaba muy helado. Yo me preocupé solo de pensar en ese par de ancianos pasando frío. Mi vecina se sentó, me miró y me dijo que su padre había fallecido. Yo le contesté que no podía ser, que estuve hablado con él durante más de media hora, que incluso lo había tocado. Ana María me mostró una foto en blanco y negro; lo reconocí de inmediato: era el mismo hombre con quien conversé el día anterior. Me angustié tanto que estuve mal un par de días tratando de entender qué era lo que había pasado. Es lo más extraño que me ha sucedido en la vida.

Marlene, La Pintana

¿Viste eso?

En el verano de 1994 trabajaba en una clínica del sector norte, en el turno de la noche. Como a las once me disponía a buscar mi cena junto a un colega, no sin antes verificar que las ventanas y puertas estuvieran bien cerradas: algunas veces ocurría que perros o gatos se metían para dormir. Cuando terminé de revisar todo, y mientras esperaba a mi compañero, vi desde mi lugar de

trabajo un bulto blanco. Le grité a mi compañero que había entrado un perro (eso creí). Entonces, mi colega se devolvió a revisar, pero no encontró nada. Nos dispusimos a calentar nuestra cena y esta vez ambos vimos el bulto blanco desplazarse de una sala a otra. Nos quedamos helados, comimos en total silencio y no hablamos más del tema durante toda la noche.

Anónimo

En compañía del mal

Mi abuelo falleció en 2010. Yo siempre pensé que él tenía algún pacto con el diablo, pues constantemente nos contaba historias sobre él o apariciones de ángeles, demonios, etcétera. Días antes de morir gritaba «Sáquenlo de aquí, sáquenlo de aquí». Pero no sabemos a quién se refería. Cuando estaba agonizando, su hermana, que era de religión evangélica, nos hizo reunarnos alrededor de su cama mientras le rezaba un salmo. Sin embargo, en medio de la oración mi abuelo se levantó y le dijo a su propia hermana, de forma grosera, que se callara. Tenía una voz muy rara y nosotros nos asustamos mucho. Se supone que él estaba a punto de morir y sin fuerzas. Después de todo, quizás sí era el diablo el que lo había rondado durante su vida.

Anónimo

«No»

Hace tiempo, con mi familia vivimos alrededor de ocho meses en una antigua casa en Lo Prado. Los primeros tres todo anduvo bien: yo me estaba adaptando al colegio (tenía doce años en ese entonces), mi madre vendía empanadas y mote con huesillo los fines de semana, y vivíamos tranquilos. Pero una noche que me levanté para ir al baño, sentí ruidos en la cocina. Eran unas voces extrañas. Me acerqué a revisar y no había nada, así que me fui a dormir. A la noche siguiente me dio sed, fui a la cocina a buscar un vaso de agua y volví a escuchar aquellas voces. Miré a mi alrededor, pero nuevamente no había nada. De pronto sentí una voz ronca que dijo «No» muy fuerte, tanto que del susto llegué a botar el vaso y corrí a despertar a mis padres. Cuando estaba por golpearles la puerta, ellos abrieron porque también habían escuchado la voz.

Mi madre preguntó a nuestro arrendador acerca de sus dueños, pero no le respondió nada que fuera relevante. Indagando un día con una vecina, esta le comentó que el dueño sufría de esquizofrenia y que en un arranque de locura había matado a su madre y luego se había suicidado. El hecho ocurrió en la cocina muchos años atrás. Mi madre quedó helada. Luego de tomar conocimiento de esta historia, nuestra intención fue cambiarnos, pero mi padre tenía un buen trabajo muy cerca de ahí, así que nos quedamos; aunque tuvimos que bendecir la casa y orar por esa alma que en un momento de locura cometió aquel horrible crimen.

Sebastián, La Serena

El encuentro

Estaba quedándome donde unos familiares que vivían en Colchagua, en un sector ubicado en pleno campo y que no tiene luz eléctrica. Siempre nos habían contado que en ese lugar se aparecía el diablo, y empecé a preguntar dónde exactamente. En esa época yo tenía catorce años y desde niño me habían llamado la atención los temas paranormales. Algunos primos me desafiaron a demostrar que en realidad yo no tenía miedo, así que me llevaron a uno de los lugares donde supuestamente se aparecía el diablo. Alrededor de la una de la madrugada me dijeron que debía cruzar una plantación de choclos de unos siete metros de largo, al final de la cual se divisaba la línea del tren. Me dispuse a atravesar las matas con un poco de miedo, pues iba solo y mis primos me estarían esperando al otro lado de la plantación. Había avanzado apenas un par de metros cuando de pronto divisé la silueta de un hombre de unos dos metros de altura que venía acercándose hacia mí. La silueta no tenía cabeza, o al menos eso parecía, y lo que era más extraño aún, es que daba la impresión de flotar, despegada del suelo. Yo llevaba una hoz y con eso atravesé la sombra de lado a lado, pero no vi que se moviera. Esa cosa indescriptible se desvaneció en el aire.

Óscar, Maipú

La cueva de don Emilio

Cuenta la historia que en el cerro de Renca, en la cueva de don Emilio, se extravió una patrulla de *boy scouts*. Hasta el día de hoy se escuchan los lamentos de aquel grupo de niños. Nadie se atreve a entrar por miedo a unas pequeñas esferas luminosas que han sido vistas alrededor de la cueva. Esa fue la razón de que se pusiera una cruz en lo alto del cerro, para intentar purificarlo.

José, Renca

La criatura

Esto me ocurrió en el año 1996 en Punta Arenas mientras cumplía con el servicio militar en la infantería de la Armada. Había terminado de realizar mi turno (que era desde la medianoche hasta las dos de la madrugada) y me retiré a la carpa que compartía con otros dos compañeros. Al acostarme no sentí frío, algo raro para el extremo sur de Chile. Entonces me tapé hasta la cadera, puse mis manos entrelazadas bajo la nuca y cerré los ojos. Me costó un tiempo quedarme dormido, y cuando por fin lo estaba logrando, sentí que algo me sostenía los brazos empujándolos hacia atrás. Abrí los ojos, sobresaltado, y empecé a forcejear con una criatura que no medía más de un metro de altura, de cuerpo ancho, orejas grandes terminadas en punta, ojos rojos, labios delgados, y pequeños pero filosos dientes. Yo empujaba con mis brazos hacia arriba para zafar, pero el engendro parecía tener mucho más fuerza que yo. Recuerdo que sentí su respiración muy cerca de mi nariz y boca, intenté gritar, pero no pude. Justo en ese momento me vino a la memoria que mi madre me había dicho que si alguna vez sentía mucho miedo en cualquier situación, debía rezar. Así lo hice. De inmediato, la criatura me soltó y salió corriendo. Miré a mis compañeros que roncaban sin siquiera sospechar lo que había pasado. Nunca mencioné esta experiencia porque hasta el día de hoy desconozco qué fue lo que me atacó aquella noche.

Juan, Los Ángeles

Desde la ventana

En 1958, mi madre asistía a un colegio que se llamaba El Líbano, ubicado donde está la actual

estación de metro Ciudad del Niño. Los hermanos siempre se esperaban a la salida de clases para regresar todos juntos a su casa; el trayecto era duro, con micros llenas, caminos de tierra y mucho barro. En aquel colegio se contaban historias de niños desaparecidos. Alguna vez mi madre nos comentó que una tarde en que ya empezaba a oscurecer, ella y sus hermanos fueron testigos de algo inexplicable. Iban saliendo y de repente vieron en las ventanas de las salas, que a esa hora ya estaban vacías, la silueta de unos niños mirándolos. Tenían luces en sus ojos. Mi madre y sus hermanos sintieron mucho pánico. Apenas llegaron a su casa, le rogaron a mi abuela que no los enviara nunca más a ese colegio.

Iván, Santiago

La cuesta fatal

Durante unas vacaciones de verano en la localidad de Colliguay, en la quinta región, una noche junto a una fogata un primo nos relató a un grupo de amigos la hazaña vivida la noche anterior para llegar donde estábamos. Había tomado una ruta en una zona rural. Bajó en su auto por una cuesta, un sendero de tierra muy angosto. Nos explicó que allí vio un automóvil que iba subiendo y que le había hecho cambio de luces, pero que de repente lo dejó de ver. Uno de los amigos que estaba con nosotros nos contó que ese auto se había volcado hacía tres años, y que desde entonces se aparece en la cuesta para prevenir que los conductores conduzcan muy rápido y puedan accidentarse.

Anónimo

La rubia de Conce

Fue una noche de 1997 cuando tuve un sueño extraño: estaba en un hospital como buscando a alguien. La sensación con la que desperté era muy agobiante. Se lo comenté a mi padre, pero él le bajó el perfil. Total, solo había sido un sueño.

Unos días después, me encontraba lejos de mi casa cuando mi padre me llamó para contarme que mi abuelo estaba agonizando en el hospital de Concepción. Todos viajamos a verlo, y

finalmente mi abuelo murió. Lo extraño es que era el hospital con el que yo había soñado días antes y que jamás había visto. Cuando nos avisaron de su muerte, mi hermana y yo salimos hacia allá. Como vivíamos en un sector rural, costaba tomar locomoción. Mientras esperábamos, se detuvo frente a nosotros un auto blanco manejado por una mujer rubia que nos preguntó si acaso íbamos al hospital. Le respondimos que sí y se ofreció a llevarnos. Al llegar al recinto nos despedimos. Al día siguiente, mientras caminaba por el sector, me llamó la atención un auto abandonado. Me acerqué y descubrí que era el de la conductora rubia, aunque se veía más viejo. Me contaron que en ese vehículo se había suicidado una mujer luego de morir su madre en el hospital, y eso había ocurrido cinco años atrás.

Manuel

La cena de San Juan

Esto me ocurrió hace años, mientras mi marido y yo estábamos alojando donde mi tía Nona, en el sector de Casas Viejas. Llevaba poco tiempo de casada con un hombre que, la verdad, no resultó muy bueno. Mi tía era conocida en el sector por ser una especie de «bruja»: leía el tarot, hacía contacto con almas de personas fallecidas, santiguaba, etcétera. Recuerdo que una noche de San Juan ella tenía un compromiso fuera de la casa, y me llamó mucho la atención que antes de salir dejara la mesa servida, como lista para recibir visitas mientras ella no estaba. En la mesa había de todo: comida, bebida, cigarrillos. Mi marido también salió y me dejó encerrada en la pieza. Yo sentía rabia y pena. Eran alrededor de las once de la noche, encendí un cigarrillo y me puse a mirar la Virgen que estaba en una especie de altar dentro de mi habitación. Pasaron largos minutos luego de los cuales empiezo a escuchar conversaciones. También movimiento de cosas, y el olor a cigarrillo era muy pesado, como si hubiera gente fumando en el comedor. A esas alturas yo estaba convencida de que mi tía había regresado. Empecé a gritar y a pegarle a la puerta para que me oyera y me dejara salir. Traté de mirar por el cerrojo, pero no se veía nadie, todo estaba en silencio. Me sentía desconcertada, pues tenía la certeza de haber escuchado mucho ruido momentos antes. Miré el reloj y ya era medianoche. Mientras, los pasos, las risas y el olor a cigarro habían vuelto y se hacían cada vez más insoportables.

Tenía muchísimo miedo. Le recé a la Virgen para que todo terminara pronto. Luego empecé a patear una y otra vez la puerta hasta que logré abrirla. En la casa todo permanecía en orden y sin rastro de nadie. De pronto miré arriba de un mueble donde descubrí un muñeco negro con un cigarro consumido en la boca... En ese preciso momento la temperatura bajó bruscamente y sentí

un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza. Escuché unos pasos cortos y miré hacia un costado. Fue entonces que vi una muñeca de porcelana con ropa antigua pasar caminando de la cocina hacia el comedor. Creí morir del susto sí, había visto una muñeca de poco más de cincuenta centímetros, rizos en el pelo y la cara trizada caminar frente a mí y sentarse en un sillón. Como pude, volví a encerrarme en mi pieza y lloré del pánico. Recé para que la noche terminara. Sin darme cuenta, me dormí. Al despertar en la mañana, y todavía choqueada, le relaté a mi tía todo lo sucedido. Ella me respondió: «Tranquila, mijita, todas las noches de San Juan les preparo una cena a los espíritus que me ayudan. No te preocupes, porque Soledad está para cuidar la casa, por eso la viste caminar».

Soledad (igual que la muñeca), Santiago

Eso que vi

Nunca lo voy a olvidar. Fue el año 1995 mientras me encontraba realizando mi servicio militar en el sector de Río Blanco, en Los Andes. Estaba haciendo mi guardia correspondiente; mi compañero dormía. Todo se veía tranquilo, con poca luz, así que también bastante oscuro. Unos metros más allá de donde yo estaba, había una construcción, como una bodega, con un foco que alumbraba apenas con un haz de luz. De pronto divisé algo que venía caminando a lo lejos; pestañee varias veces para tratar de enfocar con más claridad, pero solo veía un bulto avanzando. Pensé que era un perro o algún otro animal. Cuando pasó por debajo del foco, la figura era una especie de hombre completamente desnudo, de contextura baja y ancha. Sus brazos rozaban el suelo y su cuerpo estaba cubierto de pelos. Quedé boquiabierto, no sabía realmente qué era ese ser, jamás había visto algo así en mi vida. Entré corriendo y en completo pánico al cuartel. Desperté a mi compañero repitiéndole, nervioso y con los ojos cerrados, que era su turno de vigilar. Él, medio dormido, me contestó que había entrado hacía poco, pero yo no pensaba seguir con la guardia. A pesar del tiempo transcurrido, cada vez que recuerdo este episodio siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

Anónimo

Conversación en el metro

Una tarde en el metro de Santiago se me acercó una señora mayor. Vestía una falda y chaleco de color café claro y unas medias con un extraño nudo a la altura de sus pantorrillas. Me miró y sin titubear me dijo: «Yo sé lo que ella necesita». Con curiosidad, le pregunté si la podía ayudar en algo, entonces me comentó que su padre tenía un terreno muy grande al que le habían levantado murallas y que no la dejaban entrar. Traté de seguir la conversación pensando que como se trataba de una persona de edad, podía estar confundida. Agregó que el terreno del que hablaba estaba en Lampa y que lo habían adquirido en el año 1900. Ella quería saber cómo podía reclamar su parte de aquel terreno, ya que insistía en que todo eso le pertenecía a su padre y ella ahora no podía pasar. Le indiqué la dirección donde le darían orientación legal, y entonces ella me dijo que había tenido razón en acercarse a mí porque sabía que yo la iba a ayudar. En un momento de nuestra conversación me preguntó dónde estábamos, y le respondí que en la estación Universidad de Chile. Le señalé con la mano el letrero con el nombre mientras giraba a mirar por la ventana del vagón. Fue cosa de unos segundos, y cuando volteeé, la anciana ya no estaba por ninguna parte: había desaparecido.

Anónimo



La cosa en el florero

Una tarde, mi hermano, mi hermana y yo estábamos en el living mirando la televisión. Desde un rincón, de pronto apareció una esfera blanca caminando. Digo caminando porque se asomaban unos piecitos también de color blanco. Vimos con claridad cómo esta esfera cruzó a través de toda la habitación, incluso pisando mi propio pie al pasar, hasta meterse a un florero muy deteriorado que tenía mi madre y del que, por alguna razón, nunca se había querido desprender. Esta cosa se escondió ahí. Mis hermanos y yo quedamos impactados. Nos hacíamos un montón de preguntas, pero no teníamos respuesta. Años después, mi hermana fue mamá. Cuando mi sobrino aún no cumplía un año de vida, jugando un día justo al lado de aquel viejo florero en la casa familiar, de improviso empezó a llorar. Mi hermana lo tomó, pero no podía levantarlo, sentía que algo lo tenía agarrado muy firme. Entonces recordó lo que habíamos presenciado aquella vez, y comenzó a insultar en voz alta en dirección al florero, exigiéndole a esa indefinible cosa que soltara a mi sobrino y lo dejara en paz. Y así lo hizo. Ella logró sacar a su hijo de ahí. Era un duende. Y se supone que los duendes se llevan a los niños.

Anónimo

En el Médico Legal

Soy doctora tanatóloga y trabajo en el Servicio Médico Legal. Mi labor es identificar todo lo relacionado con la muerte de las personas. A las antiguas dependencias de la morgue, en donde se guardan las arsenalerías e instrumentos que se dan de baja, debemos ir acompañados. Allí se escuchan gritos, nos han rasguñado, nos empujan, y las cosas se mueven. Hace un tiempo un colega falleció de un ataque cardíaco. Cuando fuimos a verlo, su rostro tenía la expresión de horror más impactante que he visto en mi vida. Lo que haya descubierto debe haber acelerado su corazón al punto de causarle la muerte.

Anónimo

La sombra

Lo que voy a relatar le ocurrió a una amiga. Ella había quedado de juntarse con una compañera en una esquina cercana para ir de copas a un local. Mientras esperaba a su compañera, a un par de metros ve la silueta de un hombre alto y de negro que la miraba fijamente. Como la amiga tardaba en llegar y la sombra seguía allí, empezó a inquietarse. La figura se fue acercando y mi amiga se asustó tanto que decidió tomar un colectivo y devolverse a su casa. Al subirse al vehículo se dio cuenta de que aquella sombra aún seguía tras ella. En ese momento le pareció que no era un ser humano, sino una especie de entidad sobrenatural con apariencia humana. Con mucho miedo se puso a rezar deseando llegar lo más pronto posible a su casa.

Se bajó del colectivo y cuando ya estaba a dos cuadras, descubrió que esa espectral sombra aún la seguía, así que corrió sin parar hasta la casa. Temprano al día siguiente, recibió una llamada telefónica en la que le comunicaban que su amiga, con la que se iba a juntar la noche anterior, había sido asesinada por su pareja a la misma hora en que ella era inexplicablemente seguida.

Romina

El doble

Trabajo como profesora en un colegio en donde siempre ocurren situaciones paranormales, al punto que mis colegas y yo hemos aprendido a convivir con ellas. En el establecimiento se desempeñó un auxiliar de aseo que no era muy prolijo en su trabajo, pues hacía un ruido insoportable cada vez que movía las mesas, levantaba mucho polvo y era un tanto descuidado. No es que realizara su trabajo de mala gana, sino que su manera de hacerlo era así, desordenada. Una tarde fui a buscar mi libro de clases a la oficina. Cuando regresé a mi sala, oí que adentro alguien movía las mesas y el polvo se colaba por debajo de la puerta, por lo tanto supuse que el auxiliar estaba limpiando, así que esperé afuera de la sala. Mirando hacia el patio descubro que del baño viene saliendo el auxiliar con su escoba y un traperero, y justo en ese instante escucho otro golpe en la sala. Quedé sin palabras. El auxiliar se me acerca y con una voz algo tétrica, o al menos yo la sentí así, me señala: «Ahora voy a limpiar su sala». Yo no sabía qué decir. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Es que de verdad escuché el ruido de las mesas, incluso vi el polvo saliendo por la puerta. Pero ni el auxiliar ni nadie estuvo ahí en ese momento.

Anónimo

Los inocentes

Trabajo en una planta de tratamiento de aguas servidas, y en varias oportunidades hemos encontrado fetos o neonatos. Obviamente, se sigue el conducto regular hasta que la PDI retira los restos. Pero al pasar el tiempo, vemos pequeñas siluetas deambular por toda la planta; y en el sector donde se han hecho los hallazgos hasta se escuchan golpes de puertas que se abren y se cierran. Al menos mis compañeros y yo estamos más que acostumbrados a ver y oír cosas así, pero igual se nos paran los pelos cuando ocurre.

Fabricio, Alto Hospicio

Doppelganger

En el año 2014 llegué a vivir a Talca a la casa de mi hermana. Los primeros cinco meses estuve sin trabajo, así que ella me encargó que esperara a mi sobrino que llegaba del colegio alrededor de la una y media de la tarde. Yo lo recibía, entraba con su mochila, conversábamos; y así durante meses. Un día como cualquier otro, mi sobrino llegó y entramos a la casa conversando; lo normal de siempre. A los veinte minutos, aparece mi hermana y le comento de inmediato que su hijo había llegado hacía poco. Ella me miró y me dijo: «Pero ¿cómo?, si acabo de pasarlo a buscar y está aquí conmigo». El niño efectivamente venía con ella. Nos miramos unos segundos, quedé perplejo. Nunca supe a quién recibí en su lugar... quizás hablé con su *doppelganger*.

Alberto, Talca

¿Dónde están los diarios?

Esta historia me la contó un amigo que lamentablemente ya no está con nosotros: un día fue donde un familiar que vive en la calle Portugal, en una de esas casas antiguas que todavía se conservan por ahí. Y en esa casa encontró unos diarios de los años veinte. Los tomó y se los llevó. Pero algo terrorífico le ocurrió durante la noche mientras dormía. Unos extraños sonidos lo despertaron: eran ruidos de caballos, carruajes antiguos y golpes en la puerta muy fuertes. A través de la ventana, se veía a personas con sombreros de copa que le decían: «Aquí tienen los diarios». Él, muy asustado, al otro día los fue a devolver a la casa de su pariente y nunca más lo molestaron.

Rodrigo Núñez, Recoleta

El hombre blanco

Soy de San Vicente de Tagua Tagua. He vivido toda mi vida en zona rural, donde siempre han circulado leyendas. Una de ellas es la del «hombre blanco». Mi abuelo contaba que se aparecía en el sector del río. Mis vecinas lo vieron alguna vez entre el maizal. Todo era cuento para mí...

hasta que me tocó vivirlo. Una noche, no muy tarde, comenzaron a gemir mis perros y luego se produjo como un silencio sepulcral. Vi pasar una silueta muy definida de un hombre alto, de un blanco casi luminoso, que tocó el borde de la ventana y después se deslizó como flotando a lo largo del pasillo. Yo me quedé estupefacta y miré a mi mamá, que por fortuna estaba al lado mío, y le pregunté: «¿También lo viste?». «Sí», me respondió. Ella es bastante escéptica y trató de buscar explicaciones lógicas, pero no las encontramos. Los perros siguieron asustados por un buen rato.

Anónimo

Una extraña visita

Me pasó algo muy potente y raro. Estábamos durmiendo mi madre, mi hijo y yo una noche víspera de San Juan. De pronto, se abre la puerta de mi pieza y entra alguien. Era un hombre de cara bondadosa y tez clara, que vestía un abrigo negro largo. Enseguida se sienta en mi cama para hablarme, aunque nunca supe qué me dijo porque en ese momento me llamó mi madre para contarme que había visto a un personaje de abrigo negro y con luces en los pies. No sé si fue un sueño o realmente nos visitó el mismo hombre a mi madre y a mí. Recién al otro día pude asimilar algo de lo que nos había sucedido.

Beatriz, Talcahuano

El fantasma de la panadería

Trabajé hace años atrás en una panadería ubicada en Iquique. Siempre sentí que me observaban; a veces percibía de reojo cómo figuras abrían y cerraban las puertas. Un día distinguí claramente a un hombre de pantalón de tela y chaleco tejido de color azul que me miró y se metió al sector de pastelería. Salí rápidamente de la oficina de ventas a contarle a mi jefa lo que había visto. En

ese momento ella estaba con una clienta, quien, muy asustada se va y regresa como a los diez minutos con un diario en el que aparece la foto del hombre que yo había visto hacía solo unos instantes. Resulta que en el pasado el local era una fuente de soda y ahí habían dado muerte a una persona a puñaladas. El fallecido vestía pantalón de tela y chaleco azul...

Ronny, Alto Hospicio

Un amigo en el camino

Una noche hace cuatro años, a eso de las tres de la madrugada, iba yo conduciendo por un camino en la localidad de Laraquete. Llovía fuerte, pero alcancé a divisar a un carabinero pidiendo ser llevado. Me detuve y me preguntó si lo podía acercar a Curanilahue, distante cincuenta kilómetros de donde estábamos. Lo subí a mi camión y conversamos. Se veía una persona bastante normal. Me contó que tenía una familia hermosa, hasta que le gustaban los asados. Como vivía en las cercanías, me dio la dirección de su casa para que lo fuera a visitar. Cuando llegamos a Curanilahue, se bajó, agradecido, y partió. Al instante me fijé que se le habían quedado su gorra y su placa. Me detuve para ver si lo alcanzaba, pero ya se había ido. Con mi esposa decidimos ir a devolvérselas a la dirección que me había dado. Grande fue nuestra sorpresa al descubrir que se trataba del cementerio. En la oficina preguntamos por él y nos enviaron al nicho donde están enterrados todos los carabineros: había fallecido hacía tres años.

Alonso, Talca

Voces del más allá

Siempre he sido fanático de los aparatos de grabación, y hace un par de años me entró la curiosidad por los sonidos paranormales (psicofonías), así que empecé a buscar dónde podía —eventualmente— obtener algo que resultara interesante. Hice registros en una iglesia y en varios lugares en los que lo único que conseguí fueron algunos ruidos que no podría atribuir a actividad paranormal. Pero lo que iba a sucederme luego acabó con mi interés por captar voces del más

allá. Un día conversando con amistades acerca de esta nueva afición, una de ellas me comentó que en su cuadra había una casa sobre la que se decía se escuchaban cosas raras, tanto de día como de noche. Me interesó de inmediato y le pedí que me llevara. La familia aceptó que hiciera el registro, por lo tanto en la habitación donde supuestamente se escuchaban los ruidos instalé dos micrófonos, uno en cada extremo, y yo me ubiqué en la habitación contigua con la grabadora. Para no verme influenciado, pedí que no me adelantaran nada de lo que escuchaban.

Llevaba casi una hora de espera cuando sentí un sollozo muy tenue, subí el volumen del equipo, presioné REC y tomé los cascos de los fonos para concentrarme en lo que pudiera captar. Pasado un momento sentí unos pasos lentos primero y después rápidos, luego una especie de murmullo: una voz de niño tarareando algo, pero con los labios juntos. En ese punto, ya tenía el corazón a mil y sudaba de nervios. Enseguida escuché un sonido como cuando alguien busca algo en un cajón, y de inmediato el golpe de cosas que caen al piso junto con la voz infantil que profería un «Oh», como con susto de verse sorprendido en algo malo. A continuación se sintieron unas carreras por la pieza y el choque de un cuerpo con el micrófono. Llegué a saltar del asiento del susto que me dio, solté los fonos y salí corriendo a la habitación en donde tenía el equipo. Cuando entré, el micrófono aún se tambaleaba, pero no había ni rastro de niño ni de nada: el lugar estaba vacío. Más tarde, los dueños de la casa me contaron que esa era la habitación de su hijo, fallecido unos meses antes. Aún conservo en alguna caja ese casete rojo marca Maxell.

Luis Araneda, Curicó

El agujero en el árbol

Con mis familiares pasamos un verano en el balneario de Las Cruces, en el litoral central. Arrendamos una gran casa antigua con vistas al mar. Todo era entusiasmo y alegría, y mientras los adultos hacían planes para esos días de descanso, los niños retozaban en el jardín. Su juego consistía en meterse bajo el tronco de un viejo árbol que tenía un agujero donde había unas velas derretidas y algunos adornos religiosos que cumplían la función de una improvisada animita. Allí los chicos simulaban que era su casita secreta. Mi madre compartía la habitación con una de sus hermanas. Nos contó que una noche en la que no podía dormir, sintió que la puerta se abría. Al principio creyó que era uno de los niños, pero no. Una figura pequeña vestida de blanco se dirigía hacia su cama. A pesar de taparse con la frazada, se atrevió a mirarla de reojo. Al advertir que se trataba de algo de otro mundo, mi madre comenzó a rezar por el alma de esa presencia

desconocida. En ese momento, la figura se dirigió a los pies de la cama donde dormía mi tía, se detuvo a observarla unos minutos y después se retiró. Al volver a Santiago mi mamá nos relató lo sucedido, lo sorprendida que quedó y de cómo había logrado mantener la calma ante esa entidad sobrenatural. La extraña experiencia me dejó pensando en la animita. Fue entonces que decidí llamar a mi hermana chica para preguntarle por qué los primos y ella entraban siempre a jugar al árbol. Mi hermanita, con su mirada inocente y pura de cuatro años, me respondió: «Entrábamos porque había muchos niños celebrando una fiesta, era el cumpleaños de una niñita».

Manuel Rojas, Puente Alto

¿Dónde estoy?

En marzo de 1985, me separé de mi marido, él se fue a vivir al extranjero y yo me quedé en Chile sola, criando a mi hijo. Nunca más lo vimos. La noche del 24 de noviembre del año 1986 alrededor de las diez me fui a dormir, apagué la luz y al instante bajó la temperatura de la pieza. Comencé a sentir un zumbido molesto, como el de los transformadores eléctricos, y un escalofrío que me recorrió el cuerpo. Al darme vuelta, alguien estaba frente a mí con los brazos extendidos, diciéndome: «Ayúdame, ¿dónde estoy? ¿Qué me pasa?». Era mi marido, y su cara expresaba desesperación. Sentí terror y no sé cuánto duró la visión. Al día siguiente en la tarde recibí un telegrama avisándome de su fallecimiento. El día anterior había sufrido un accidente automovilístico fatal a la misma hora en que se me apareció. Seis semanas después, mi hijo y yo estábamos conversando frente a un gran ventanal afuera de nuestra casa, en un día lleno de sol, cuando volvió a aparecer mi exmarido, esta vez atravesando la pared en dirección al jardín. Intenté ocultar mi sorpresa para no asustar a mi hijo, pero él, pálido, me queda mirando y me dice: «Mamá, ¿acabas de ver a mi papá atravesar esa muralla frente a nosotros?». Él también lo había visto, no pude negárselo. Pasaron varias semanas de estas apariciones y quise hablar con un sacerdote para ver si nos podía ayudar. Él me explicó que las personas que morían de forma violenta no conseguían entender lo sucedido y no podían partir, especialmente si necesitaban el perdón de aquellos a quienes habían ofendido en vida. Ahí entendí que el padre de mi hijo quería ser perdonado para poder descansar.

María Angélica

En una noche sin luna

Soy nacido y criado en Valparaíso. Cuando era soltero, con unos amigos solíamos cazar conejos en el mismo sector donde estuvo el Papa (Juan Pablo II) en Rodelillo. El mayor del grupo, un tío experimentado, nos ordenó atravesar un pequeño bosque de pinos. Era una noche sin luna —de lo contrario no es posible cazar conejos—, por lo tanto estaba muy oscuro, no podíamos ver absolutamente nada, ni siquiera nuestras manos. Y entonces vino la orden: «Miren solo para adelante cuando pasemos por el bosque». Como era jovencito, no hice preguntas, pero tampoco obedecí. Al mirar a un costado apareció una luz con forma humanoide. Lo que me produjo pavor fue que esa presencia tenía cara y, a medida que avanzábamos, nos iba siguiendo con la mirada. No sé si los demás la vieron, no hablé en días y no quise pisar ese bosque nunca más. Yo no creo mucho en espíritus, pero lo que experimenté fue inexplicable. Nunca he encontrado una respuesta racional para eso que vi.

Anónimo, Rodelillo

Ojos rojos

Un compañero de trabajo me contó esta historia. Cuando él era adolescente, fue a Los Vilos junto a su polola y su madre, a la casa de una amiga de esta. La mujer vivía sola: sus dos hijos habían muerto ahogados. Tarde una noche, mi amigo y su polola se instalaron en el patio de la casa. Mientras se estaban besando, mi compañero miró por sobre el hombro de ella, percibiendo una silueta negra con sombrero. Se acercó a la sombra tomado de la mano de su polola y miró directo a los ojos rojos del espectro. Al hacerlo, quedó inmóvil por unos minutos. Después giró la cabeza para mirar a su novia, quien descubre con horror que sus ojos se han vuelto rojos, tal como los de la sombra. Al volver a su estado normal, el muchacho ya no recordaba mucho lo que había pasado. Y cuando le fueron a contar a la dueña de casa la traumática experiencia vivida, ella salió con una cruz al patio, lanzó unos garabatos y la presencia se fue. No era la primera vez que ocurría.

Leonardo

La muerte del abogado

Mi historia involucra al Consejo de Defensa del Estado y a un abogado y profesor de Derecho, Mateo Gallardo, quien se encontraba en Arica promocionando un libro. En la madrugada, cuando ya venía en auto de vuelta a Santiago, paró en una estación de servicio ubicada a la salida de la ciudad para ducharse. Su cuerpo sin vida fue encontrado a la mañana siguiente. Gallardo estaba a cargo de las investigaciones sobre la secta Moon. Lo espeluznante es que esa misma mañana se presentó a trabajar al Consejo de Defensa del Estado y se saludó afectuosamente en el ascensor con la entonces presidenta del Consejo, Clara Szczeranski. Luego, a las once, llegó a la Universidad Arcis a hacer clases. Varios lo vimos pasar a la sala, siempre bien arreglado y con su maletín. Una hora más tarde, desde la Brigada de Homicidios le informan a la señora Szczeranski que el abogado había aparecido muerto y desnudo esa madrugada en un servicentro de la carretera.*

Ariel Carvajal

* La propia expresidenta del Consejo de Defensa del Estado contó su versión de este encuentro en su blog, en el año 2006: <http://szczaranski.blog.spot.com/>

Sueño inquieto

Yo soy camionero y en una oportunidad debí dormir al costado de la carretera. Me aseguré de que estuviera todo parejo y me estacioné. Pero no pude pegar los ojos prácticamente en toda la noche. No entendía por qué se escuchaban golpes y murmullos en la cabina del camión y que la temperatura bajara tanto. Creo que dormí una hora cuando mucho. Al despertar en la mañana, el sol pegaba en una animita ubicada justo al lado del camión y que nunca vi la noche anterior. Al parecer, su morador no quería que pernoctara allí.

José, Rancagua

El animita

Un día íbamos en la ruta de Puerto Montt a Parga y vimos un bombero al lado de una animita haciéndonos señas para que disminuyéramos la velocidad. Poco más adelante había animales cruzados en el camino, justo en una curva. Nos salvamos de un accidente gracias a que le hicimos caso a la seña que el bombero nos hizo. De vuelta supimos que él había fallecido y que la animita estaba ahí justamente en su memoria.

Eduardo

El fundo maldito

En el sector de Cerrillos siempre se cuenta la historia del chalet del diablo, en el antiguo fundo de la familia Piombino Wachholtz, que, dicho sea de paso, fue asesinada por el Chacal de Rengo. Antes de que sucediera todo esto, se decía que el dueño del fundo Tipaume (de apellido Wachholtz, y que fuera ministro de Hacienda de varios presidentes en diversos periodos) tenía pacto con el diablo. En el fundo había una fábrica de aceite de oliva, cuya maquinaria e ingeniería eran muy sofisticadas para la época, ya que los cultivos estaban situados prácticamente en la montaña. Es más, aún existen las ruinas de la hidroeléctrica que hizo construir solo para el fundo, entre otras cosas bien particulares que hubo en el lugar. Se comenta que cada viernes lo velaban dentro de un ataúd en un sector del campo, para que el diablo no se lo llevara. Pero cosa curiosa, con frecuencia moría gente por extraños motivos. Por fin un día el hombre murió y el diablo se lo llevó en cuerpo y alma. El fundo quedó en manos de su yerno, Salvatore Piombino. Al pasar los años, este asesinó a toda la familia y más tarde se quitó la vida. En la actualidad todo luce abandonado y aparentemente maldito.

Manuel, Cerrillos (Rancagua)

El duende hostil

Años atrás estudiaba en una escuela de la Armada y en varias ocasiones escuché que a un

marinero lo atacaba un duende. Yo jamás sentí alguna presencia ni vi algo que me asustara, hasta que una noche fui testigo de un supuesto ataque en el cual este marinero batía los brazos como peleando con alguien. Muchos compañeros que se encontraban cerca de él corrieron asustados. Yo me armé de valor, me acerqué y pude observar cómo lo atacaba un ser pequeño pero muy ágil. Luego de eso jamás se habló del tema, pero todos quedamos choqueados.

Ernesto

Aún no debes venir

Soy un empleado público de las fuerzas del orden. Hace unos diez años, en un intercambio de disparos con unos delincuentes que habían cometido un asalto, me llegó un tiro en el cuello que me dejó fuera de combate. No tengo conciencia de qué pasó cuando me llevaron al hospital, pero sí recuerdo que alguien en un sueño me decía: «Oye, niño, tú no eres de acá, ándate. Aún no vengas». La persona que vi usaba bigote y uniforme azul. Tiempo después le di la descripción a un dibujante y resultó ser el padre de mi abuelo, que también era de las fuerzas armadas.

Anónimo

Solo quería divertirse

Tengo cuarenta años y a los diecisiete fui a una fiesta en Alto del Sol con unos amigos. Allí, se acercó una lola de nuestra misma edad, que terminó engancho con uno de mis amigos, con quien estuvo toda la noche. Después de la fiesta la acompañamos a su casa, pero ella nos pidió que la dejáramos entrando en la línea del tren, ya que su padre se enojaba mucho si la veía con jóvenes. Nos separamos donde nos indicó y quedamos de juntarnos la noche siguiente. A ese encuentro llegó con la misma ropa del día anterior y nuevamente la acompañamos a la entrada de la vía del tren. Un par de días después con mis amigos decidimos irnos a bañar al río, así que la fuimos a buscar donde ella señaló que vivía. Al llegar al lugar nos encontramos con una casa abandonada. Preguntando en los alrededores nos informaron que las personas que vivían ahí habían muerto hacía mucho tiempo. En ese momento a todos se nos heló la sangre y sentimos

mucho temor, sobre todo al amigo que había estado con ella dos noches seguidas. Hasta hoy da escalofríos recordar esa vivencia.

Pedro, La Serena

El zapato pequeño

En el año 2012 fuimos de paseo a San Pedro de Atacama con unos amigos; visitamos un cementerio y uno de ellos se llevó un zapato pequeño, muy viejo, que estaba en el lugar. Después volvimos a Calama y en algunos lugares nos tomamos muchas fotos. Cuando las vimos, en la mayoría de ellas se podía ver junto a nosotros la sombra de un niño. Quedamos todos impactados con las imágenes y le dijimos a nuestro amigo que regresara al cementerio a devolver el zapato y pedir disculpas, porque de lo contrario, el espíritu del niño nos seguiría para donde fuéramos.

Eduardo Riquelme

Mi hijo y su amigo

Vivo cerca del cementerio de Pudahuel. Un día, caminando por un callejón que queda al costado del camposanto con mi hijo, de aproximadamente cinco o seis años en ese tiempo, noté que él volteaba la mirada, sonreía y hacía gestos de saludo y despedida con la mano. Miré hacia atrás y no había nadie. Le pregunté que a quién saludaba y él me respondió: «A mi amigo». Nuevamente me giré y no vi a nadie. Le dije: «Hijo, no hay nadie». «Sí, está ahí, en el árbol», me contestó e indicó hacia un árbol que sobresale desde el interior del cementerio. Insisto, yo no vi a nadie, pero después me puse a averiguar y me enteré de que en ese sector están ubicados los nichos de los niños fallecidos.

Héctor, Pudahuel

Música para dormir

Pertenecí por veintiún años al Cuerpo de Bomberos de Graneros, que es donde yo vivo. Una vez estábamos en la guardia nocturna y llovía mucho y había viento. No teníamos sala de guardia, por ende, nos quedábamos en el salón de honor donde todos los fundadores habían sido velados. Ahí, de hecho, estaban las fotos de todos ellos, y había un piano de cola muy antiguo que siempre mirábamos. Un día, pasada la medianoche, mientras nos íbamos a acostar, tiramos un rato la talla y como a la una de la mañana nos pusimos a dormir. Estaba todo en silencio en el cuartel, solo se escuchaba el viento. De pronto alguien empieza a tocar el piano en el salón. Quedamos helados. Algunos no aguantaron y se fueron para sus casas.

Ricardo, Graneros

El deber más allá de la muerte

El día 12 de abril del año 2014 se produjo el megaincendio de los cerros de Valparaíso, que produjo un saldo de cerca de tres mil casas quemadas. Al comienzo del siniestro, yo me encontraba con unos amigos en la calle El Vergel en el cerro La Cruz. Bajamos por una quebrada a ayudar a una familia que no podía salir. Afortunadamente logramos sacarlos a todos y regresamos a intentar salvar algunas cosas. En eso estábamos cuando entró un bombero muy rápido y nos gritó que saliéramos, que el fuego ya había envuelto la casa. Gracias a que quebró una ventana, logramos salir. Pero al llegar arriba, a la calle donde ya estábamos a salvo, le dijimos a los bomberos que trabajaban ahí, que uno de sus compañeros se había quedado abajo, en la quebrada, donde la casa estaba ya envuelta en llamas. Pero ellos nos dijeron: «No, estamos todos acá arriba, no ha bajado nadie». Estoy seguro de que fue el espíritu de un bombero fallecido el que nos ayudó.

Sergio, Valparaíso

La esquina maldita

Fui bombero de Ñuñoa por muchos años. En el mes de noviembre de 1962, exactamente en la madrugada del día 14, se declaró una alarma de incendio en la intersección de avenida Macul con calle Madreselvas. Trabajamos muchas horas en ese incendio, y cuando supuestamente ya estaba controlado, se produjo una gran explosión en la que murieron de forma instantánea dos funcionarios de la Segunda Compañía de Bomberos de Ñuñoa y varios más quedaron heridos. Meses más tarde, en abril de 1963, fallece también otro de los bomberos lesionados de la compañía. Pasaron muchos años, hasta 1973. Unos meses antes del golpe de Estado, sonó la alarma de incendio, curiosamente en la misma intersección de Macul con Madreselvas, las exactas coordenadas donde, diez años antes, habían muerto los tres bomberos. En esta oportunidad, vuelve a intervenir la Segunda Compañía. Un joven voluntario tripulaba el carro portaescala, pero en un momento llega un bombero de mayor antigüedad y lo hace bajar del carro para abrir los portones. Dice la historia que, al ir a abrir las puertas, el carro portaescala se acciona y lo aplasta contra el portón, provocándole la muerte en forma instantánea. Cuentan que con su muerte este joven voluntario impidió una nueva desgracia de proporciones para aquella unidad. Por lo mismo, hasta el día de hoy cada vez que ocurre una emergencia en estas coordenadas, la Segunda Compañía evita ser la primera en llegar, para que no se repita alguna desgracia. Pero la historia no termina ahí: aquel carro portaescala con los años quedó fuera de servicio y guardado en los terrenos de la Décima Compañía de Ñuñoa. Una tarde de invierno en que llovía torrencialmente, son despachadas las compañías a un incendio en la comuna de La Florida. La sala de máquinas quedó vacía, así que la secretaria fue a cerrar los portones. Para su sorpresa, vio bajar del viejo carro a un joven voluntario vestido con la antigua indumentaria. «Por qué no fue al incendio?», le preguntó, a lo que el muchacho le respondió que estaba ahí para cuidarlos. Luego, ella volvió a la oficina, sin darle mucha importancia a esa visita especial. Una vez que los bomberos regresaron del incendio, la secretaria se acercó al teniente a cargo de la unidad y le dijo que se les había quedado un joven voluntario, y que ella lo conocía porque lo había visto varias veces en el cuadro de honor. Pero el teniente le comentó que no se había quedado ningún bombero en el cuartel, todos habían acudido al incendio. Entonces le pidió a la secretaria que le mostrara la imagen del joven para saber de quién se trataba. Buscaron en el cuadro de los años de servicio y no lo podían encontrar, pero al llegar al último, ella le señala con gran sorpresa: «¡Teniente, es él, es él!». El oficial, nervioso y asombrado, le dijo: «Ese joven murió hace muchos años atrás». La secretaria dejó enseguida el cuartel y nunca más regresó.*

Anónimo, Ñuñoa

La monja

Yo estuve hospitalizado en la Posta 3 (actualmente Hospital San Juan de Dios), y ahí pena una monja desde hace muchos años y se aparece en todos los pisos. Una noche en que llovía, la vi. Me había puesto mal del estómago y fui al baño en silla de

* La historia de esta compañía y la tragedia de algunos de sus voluntarios está relatada en el sitio oficial del Cuerpo de Bomberos de Ñuñoa, en una entrada de diciembre de 2010: <http://www.cbn.cl/sitio4/noticias/884-.html> ruedas alrededor de las tres de la madrugada. No se imaginan cómo arranqué de ella y lo asustado que quedé. Muchos la han visto, incluso los mismos funcionarios de la posta pueden dar fe de sus apariciones.

Anónimo



El médico preocupado

Soy un militar retirado y actualmente vivo en la zona norte de Iquique. En marzo de 2018 me dio un infarto y me trasladaron al nuevo Hospital Militar de Santiago, pues tenía tres arterias obstruidas. Cuando llegué al recinto, me destinaron a la UCI, realizaron exámenes y dado que al día siguiente de mi hospitalización debía pasar a pabellón a las ocho de la mañana, me mantuve despierto, sin poder dormir. Esa noche, alrededor de las cuatro de la mañana, entró un médico a la UCI, abrió la mampara y se sentó a mi lado. Era un hombre de edad y me miraba a través de sus lentes medio caídos. Al sentarse, tomó mi mano y empezó a preguntarme diversas cosas sobre mi vida. Todo en medio de la oscuridad de la noche. Recuerdo perfectamente la sensación de su mano, muy suave y cálida, que sostenía la mía mientras me conversaba con voz muy pausada y baja. Le conté quién era, mi nombre, en qué regimiento estaba, sobre mi familia, mis hijos, etcétera. Le expliqué que fumaba mucho y que en ese momento trabajaba como tramitador de aduanas, que estaba muy estresado y que me sentía muy mal, que me costaba mucho respirar. A su vez, él me contó que era el jefe de la UCI y que había llegado a buenas manos, que él me iba a salvar. Todo eso en el lapso de media hora. Luego se levantó lentamente y siguió recorriendo las salas. Al día siguiente me operaron y mis médicos me dijeron que regresara a control en ocho meses más. Cuando volví para mi chequeo, le propuse a mi señora que lleváramos de regalo unas cajas de alfajores para el médico que me atendió, más su equipo, además del doctor que había conocido aquella noche en la UCI. Cuando llegamos al hospital, al

entrar al lugar de mi consulta lo primero que me encontré fue una enorme fotografía del médico de la víspera de mi operación. Se lo comenté a mi señora: «Ese es el médico que conocí antes de mi operación, averigüemos dónde está para llevarle los alfajores». Luego de terminada la consulta, le pregunté al médico quién era el doctor del cuadro y le conté de su visita la madrugada de mi cirugía. El doctor me miró perplejo, no podía creer lo que le estaba diciendo. Me explicó que aquel médico había muerto hacía dos años de un infarto, justamente en la UCI. Por lo que pude averiguar, no fui el primero en el Hospital Militar en ser visitado por él.

Hugo Guerra, Iquique

Chechito

Recuerdo que hace años atrás, antes de que construyeran el nuevo hospital de Coquimbo, me tocó estar ingresado por apendicitis. Recién operado compartí habitación con otro niño, al que curiosamente solo veía por las noches. Ahí aprovechábamos de hablar. Me contó que durante el día lo llevaban a hacerse exámenes. Antes de que me dieran de alta, le pregunté a una enfermera por Chechito, que así me había dicho que se llamaba. Ella me preguntó: «¿Qué Chechito? ¿No será un niño de pelo crespo?». Le respondí que sí, y entonces fue hasta un antiguo archivero desde el cual sacó una foto: «¿Es él?», me preguntó, mostrándome la foto donde efectivamente aparecía el niño con quien compartía habitación. Pero para mi sorpresa, el registro era de 1960. El niño había sido muy querido allí, pues les hacía los pedidos a los médicos. Y aunque había muerto atropellado por una micro, seguía presente en ese lugar.

Andrés, Coquimbo

Las nueces de mi abuelo

Mi abuelo falleció cuando yo tenía seis años. A él le gustaban las nueces y siempre las pelábamos y comíamos en su casa, ya que en su parcela había muchas. Tiempo después de fallecer, una noche, desde mi pieza escuché como si alguien estuviera metiendo las manos en el saco de las nueces. Al poco rato apareció mi abuelo en la puerta de mi dormitorio. Tenía puesto

el gorro chilote que usaba en invierno. En ese momento me asusté, no puedo negarlo, pero ahora entiendo que se fue a despedir.

Laura

La gemela

Mi hermana tiene veintinueve años y nació de un parto gemelar de veinticinco semanas de gestación. Pero una de las pequeñas no resistió y murió. El asunto es que, desde siempre, mi hermana sobreviviente ha sentido como si le faltara una mitad. Un día veníamos del supermercado. Al llegar a la casa miramos hacia el balcón: allí estaba su hermana gemela con una túnica celeste, idéntica a ella, pero su tez exhibía un color blanco brillante. Desde entonces, todos en la casa la seguimos viendo; incluso mi hija, cuando tenía tres años, hablaba con una amiga imaginaria. Un día le preguntamos: «¿Con quién hablas?», y nos dijo que «con la Alejandrita». Ese, precisamente, era el nombre con el que fue bautizada la gemela fallecida.

Claudia

La enfermera misteriosa

Estaba terminando mi turno de noche un sábado del año 2010 en el hospital de Coquimbo. Como era habitual en mis rondas, iba bajando desde el cuarto piso, y al llegar al tercero, vi a una de las enfermeras parada frente a las mamparas. Me sobresalté y le dije: «Señorita, ¿qué hace aquí?», a lo que me contestó que estaba buscando la UTI. Le indiqué que era en el segundo piso, y le ofrecí acompañarla. Bajamos juntos y la dejé en la unidad. Me llamó la atención que hubiera luz en el pasillo y que la puerta de la sala estuviera abierta. La observé entrar hasta que se perdió en el box del fondo.

Bajé a informarles a mis compañeros, incluyendo al control de cámaras. El encargado de ese turno me pidió que volviera a la UTI y que preguntara por la enfermera. Mi sorpresa fue grande al llegar, ya que la luz del pasillo estaba apagada y la puerta cerrada. Toqué el timbre hasta que salió el auxiliar, quien me juró por su vida que allí no había entrado nadie, que la luz del pasillo

estaba mala y que la puerta de la UTI se cerraba siempre a medianoche o antes. Pedí entrar para cerciorarme, y de verdad que no había nadie ahí adentro, salvo el personal autorizado. Luego me llama por radio el encargado del control de cámara. Revisamos las imágenes. En ellas yo aparecía bajando la escalera solo, sin embargo movía mis manos y mis labios como si estuviera conversando, pese a que no se veía nadie a mi lado. Y en el registro, la luz del pasillo estaba apagada y la puerta cerrada. ¿A quién llevé a la UTI? Días después supe que esa misma noche falleció un caballero justo en el box del fondo, el mismo donde vi entrar a la misteriosa enfermera.

Luis Caimanque, Coquimbo

Murmullos en San Agustín

En el año 1998 trabajaba en el cine Hoyts que está en el subterráneo del Paseo San Agustín, en el centro de Santiago. Un día me encontraba sola haciendo cabritas en la máquina ubicada al fondo del recinto y que únicamente tenía un acceso al otro extremo de donde yo estaba. Estaba de espaldas cuando sentí que alguien me tocaba el hombro. Me di vuelta de inmediato, pero no había nadie. También hubo ocasiones en las que escuchaba murmullos. Cuando le comenté esto a uno de los guardias, me dijo que esas cosas siempre pasaban, pues el subterráneo estaba al lado de la iglesia de San Agustín.

Ana, Santiago

Ausente

Hace unos años, en Temuco, me encontré con Érica, una colega que era guardia de seguridad en una tienda de calle Francia. Yo andaba en mi día libre, la vi en la plaza cerca del hospital, me acerqué, le hablé y conversamos un rato. La noté muy ida y con una mirada muy extraña. Parecía

estar viendo hacia el cielo todo el rato, o a su alrededor, como sin prestarme mucha atención. Le pregunté si todavía trabajaba en la tienda y me respondió que se había ido hacía tiempo ya. Pero continuaba como ausente y casi no me hablaba, así que me despedí de ella con un beso, una sonrisa y me fui. Ella se quedó en la plaza mirando al cielo.

A la semana siguiente me encontré con otra colega de la misma tienda y le comenté que me había topado con Érica. Pero ella me responde que eso era imposible, que se había suicidado dos años antes. Quedé helado y con ganas de saber dónde estaba su tumba.

Víctor

Una experiencia aterradora

Esta historia se remonta al año 1979, y ocurrió en un fundo del que mi abuelo fue administrador general. Se llamaba La Favorita de Casablanca, cerca de Molina, en la séptima región. Una noche salimos a cazar conejos con unos tíos y unos amigos, hijos de inquilinos del fundo. Teníamos entre catorce y dieciocho años. Caminamos alrededor de dos a tres kilómetros por los senderos aledaños a las viñas hasta que llegamos a unas bodegas en donde se guardaban herramientas. Ninguna de estas bodegas tenía electricidad, y es aquí donde ocurrieron dos situaciones que nos llenaron de pánico. Cuando alumbramos con nuestras linternas por una de las hileras para buscar conejos, sentimos un ruido extraño. Primero pensamos que se trataba de una vaca, hasta que vimos aparecer un ser muy extraño y difícil de describir. Tenía características parecidas a un animal y saltó más de tres metros por encima de nuestras cabezas. Fue tanto el miedo que volvimos corriendo a nuestras casas, pero de lejos vimos cómo una de las bodegas se iluminaba, en circunstancias de que no tenía electricidad. Lo único que hice fue huir hasta llegar a la casa de mis abuelos. ¡Una experiencia aterradora!

Sergio

La despedida

Esta situación me ocurrió cuando tenía ocho años y vivía en Santiago. Fue un sábado de octubre,

una tarde que jugaba con mi hermana saltando de una cama a otra. Estábamos solos en la casa porque nuestros padres habían salido a comprar. De repente, sentimos mucho frío y nos embargó un sentimiento de pena. Fue entonces que vimos una sombra. En ese momento llegaron nuestros padres con una evidente expresión de tristeza en los ojos, diciendo que tenían que contarnos algo importante. Los interrumpimos para explicarles que ya sabíamos. Nos quedaron mirando y nos preguntaron qué era lo que sabíamos. Les dijimos que nuestro primo se había suicidado, y que la sombra que vimos era él que venía a despedirse.

Miguel, Antofagasta

La cosa amorfa

Mi mamá trabajaba en un policlínico haciendo aseo. Un sábado (en los que solo funciona el servicio de emergencias), ella se encontraba limpiando en las consultas que no estaban siendo utilizadas, por lo tanto, no había nadie cerca. De repente, al ir retrocediendo de espaldas, choca con algo. Se da vuelta y ve una gran figura blanca, sin forma alguna, pero de unos dos metros de altura. En ese momento lanzó un grito y la cosa desapareció. Tuvimos que ir a buscarla al trabajo porque quedó con taquicardia.

Diego

Verano fantasma

A principios de los años ochenta, un profesor universitario vivía en un barrio acomodado de Viña del Mar. En la época de verano viajaba fuera de Chile con su mujer y sus hijos y dejaba su casa al cuidado de una familia amiga que, además de custodiar la propiedad, aprovechaba de pasar las vacaciones de verano en la Ciudad Jardín, un lujo en aquella época.

A la vuelta de su viaje, el cuidador le hacía al dueño de casa un recuento detallado de cómo habían ido las cosas durante las vacaciones. Así fue como le relató la historia de una tal «señora Eduvigis» que vivía en la casa del fondo de la propiedad. Aunque al profesor le causó extrañeza su relato, no ahondó en el tema. A mediados de ese mismo año, el cuidador y su familia lo

visitaron para coordinar el siguiente verano. Durante la conversación revisaron un álbum con fotos antiguas. En una de ellas apareció un retrato de la tal «señora Eduvigis» con su familia. Entusiasmado, le comentó que era la señora a la cual se había referido al terminar el verano anterior y con quien solía conversar con cierta frecuencia e incluso le había prestado una taza de azúcar que ella había devuelto. También le habló de su marido y sus hijos. El profesor le indicó que esas fotos correspondían a una familia que había vivido en los años veinte y que, obviamente, estaban todos fallecidos. Es decir, habían convivido toda una temporada con fantasmas. Ignoro si volvieron a cuidar la casa durante otro verano.

Anónimo

Trabajo de noche

El profesor de una universidad tradicional de la región tenía la costumbre de quedarse trabajando en su oficina hasta altas horas de la noche. Fue a mediados de los años ochenta, y habían aparecido ya los primeros computadores, por lo tanto, había que sacarles el máximo provecho. Por lo general, los guardias del lugar hacían rondas de vigilancia y se topaban con él en sus labores nocturnas.

Una noche, mientras realizaba sus actividades habituales, esto es, escribir, tomar papeles, levantarse a buscar documentos, etcétera, en uno de sus desplazamientos se percató con horror que había una persona colgando ahorcada en un sector de su oficina. En medio del espanto provocado por la situación, solo atinó a tomar su chaqueta y salir corriendo de la oficina, la que dejó abierta y sin siquiera apagar el computador ni las luces. Al día siguiente la encontró tal y como la había dejado, pero sin el ahorcado ni policías: era como si nunca hubiera ocurrido una tragedia. Los guardias no habían visto nada, solo él. A partir de ese momento no volvió a trabajar más allá de las seis de la tarde cada jornada.

Anónimo

Una ayuda inesperada

Esta historia ocurrió a fines de los años ochenta. Mis padrinos de bautismo vivían en Santiago y viajaban regularmente a Viña del Mar, a la casa de mis abuelos. A la salida de la capital su vehículo sufrió un desperfecto en el sector de Pajaritos, que en esa época era un despoblado con un gran sitio eriazo. El auto de mi padrino era marca Lada, que tenía piezas cuyos repuestos, como la correa de ventilación, eran muy difíciles de conseguir. Varios conductores y choferes de taxi trataron de ayudarlos, pero fue imposible.

Comenzó a oscurecer y mi madrina estaba asustada y se puso a rezar. En eso, apareció un niño junto a ellos, lo que no les pareció extraño, ya que el auto en pana había llamado la atención de muchas personas durante un buen rato, y pensaron que el niño se había acercado, como el resto, por curiosidad. Pero lo sorprendente fue que este niño les extendió su mano y les dijo que traía algo para ayudarlos. Era la correa de goma. Mi padrino la tomó y la ajustó en su sitio casi de inmediato. Al darse vuelta para agradecerle al muchacho, no lo encontró por ninguna parte. Miraron para todos lados, pero no se divisaba. El lugar era una extensa superficie plana, no había dónde ocultarse. Al alivio se le sumó una sensación de fuerte inquietud, mientras continuaba oscureciendo. Mis padrinos se subieron al auto, llegando con cierto retraso a Viña del Mar. Nunca olvidaré la expresión en sus rostros cuando contaron lo que les había sucedido.

Anónimo

El jardinero amable

Un tío fue profesor de un colegio de Concón del cual guardaba gratos recuerdos. Durante su trayecto a visitar a un antiguo colega, debía pasar por el establecimiento. En el frontis se encontró con un funcionario que regaba el antejardín. Se reconocieron mutuamente y después de una corta charla, quedaron en reunirse más tarde. El diálogo se llevó a cabo a través de la reja del recinto educacional.

Luego de dos horas de conversación, mi tío se levantó para irse, pues había quedado de acuerdo con el jardinero del colegio. El profesor lo miró extrañado y le manifestó que eso era imposible porque el funcionario había fallecido hacía seis meses de un cáncer fulminante. Mi tío no lo podía creer. Ante las dudas del profesor, quien tenía las llaves del local, ambos partieron a revisar, por si alguien hubiera entrado. Pero no había nadie. El colegio no abría los sábados y quedaba desierto. Mi tío había reconocido a la persona, no tenía ninguna duda.

Recuerdo perfecto ese día. Estábamos todos reunidos, como cada tarde sabatina ochentera en torno a la televisión viendo *Sábados Gigantes*, cuando mi madre abrió la puerta y dijo el nombre

de mi tío, preguntando que qué le pasaba. Él es de tez morena, pero estaba pálido por el susto y con los ojos abiertos de par en par. Y a continuación nos contó la historia que acabo de relatar.

Anónimo

Déjalos en paz

La mujer de un matrimonio conocido de mis padres tenía la costumbre de hacer reuniones con sus amigas los sábados en la noche. En una ocasión tuvieron la ocurrencia de realizar una sesión de espiritismo, a lo cual el marido se opuso señalando que no sabían en qué se metían. Sin embargo, el grupo de mujeres persistió en su plan de una invocación, ya que se suponía que una de ellas tenía los conocimientos necesarios. Tras un rato, la sesión comenzó a provocar situaciones inquietantes, las mujeres se asustaron y el marido de la dueña de casa, al percatarse de lo que ocurría, comenzó a retarlas. En ese preciso momento el perro de la casa comenzó a ladrar de manera desesperada. Se asomaron por la ventana del segundo piso y vieron en el patio una nube muy compacta y de contornos definidos que flotaba en el centro, a la que el perro le ladraba con insistencia. La nube se mantuvo suspendida unos instantes más y después, lentamente, fue ascendiendo hasta desaparecer en el cielo ante la sorpresa y pánico de los testigos.

Una vez concluido el fenómeno, el marido increpó duramente a las mujeres y prohibió para siempre ese tipo de actividades en su casa.

Anónimo

«¿Me lleva en ancas?»

Cuando vivía en Temuco tenía un caballo negro que me acompañaba a diario en mis salidas. Una

tarde fui a compartir con unos amigos y se hizo de noche. Eran alrededor de las once cuando venía con mi caballo por el camino habitual. Estaba muy oscuro, pero yo jamás he tenido miedo. De pronto mi caballo se detuvo y vi a mi derecha a un señor alto vestido entero de negro. Era muy raro encontrar a una persona a esa hora. El hombre me preguntó: «Amigo, ¿me lleva en ancas?». Yo me asusté un poco y le respondí que iba apurado. Seguí mi camino, pero un par de metros más allá estaba el mismo individuo, que me volvió a preguntar. Ahí sentí un escalofrío, pero traté de contenerme y de nuevo le respondí que iba apurado, al tiempo que hacía galopar a mi caballo. Iba llegando a mi casa, por fin, cuando mi caballo frenó de golpe y empezó a relinchar. Entonces sentí dos palmadas en mi hombro derecho y una voz susurrante que me dijo «Gracias, amigo». El misterioso hombre se bajó de mi caballo, casi sin tocarlo. Me tomó unos segundos tratar de entender qué había pasado, luego de lo cual me entró un miedo que nunca en toda mi existencia había sentido. No sé cómo llegué a mi casa. Ha sido la peor experiencia que he vivido.

Anónimo

Un lugar en el bosque

Hace años fui de mochilero con un par de amigos a Chiloé. Cuando llegamos a Chonchi, armamos nuestras carpas en el bosque ubicado en la ladera de un cerro, y luego bajamos a comprar comida y alcohol. Varios lugareños nos preguntaron en dónde nos estábamos quedando, y cuando les dijimos, ellos nos advirtieron que en ese lugar había brujas. Nosotros nos echamos a reír y les respondimos que no creíamos en esas cosas. La verdad es que mis amigos y yo éramos bastante escépticos. Cuando íbamos de vuelta a nuestro campamento empezó a ponerse el sol. Nos pusimos en línea para saltar un riachuelo, pero justo antes de hacerlo, vimos pasar una anciana que no medía más de un metro veinte y que iba con una varilla como buscando algo. Nos quedamos perplejos observándola alejarse. Luego de saltar el riachuelo escuchamos un ruido como de gruñidos y pasos que se acercaban. Nos dio mucho miedo, desarmamos las carpas y nos fuimos a un hostal. Desde ese momento creo más en las leyendas.

Camilo, Santiago

Perdido en el tiempo

Soy taxista en la localidad de Lebu, y una vez me tocó ir a buscar a un pasajero de noche a Los Álamos, distante unos veinte kilómetros de donde estaba. Casi en la mitad del camino existe una pequeña villa llamada Pehuén. Cuando me iba acercando, empezó a levantarse una densa niebla. Entré al lugar, pero todo estaba distinto: no había quioscos de comerciantes, no estaba pavimentado; solo ripio en el suelo, como era antes de que urbanizaran. No le di importancia, la verdad. Salí de ahí para volver a meterme en una niebla que duró unos pocos minutos, y cuando empezó a disiparse, vi que efectivamente estaba en Pehuén, pero ahora sí estaban los quioscos, las luminarias y las calles pavimentadas; hasta el ambiente era distinto. Al volver a Lebu, noté que el reloj del auto y el mío estaban atrasados cinco minutos.

Juan Carlos Gutiérrez, Lebu

Una sombra en el patio

Yo era alarife, ayudante de topógrafo, y tuve que ir a San Pedro de Atacama a hacer un trabajo. La empresa nos arrendó una casa en las afueras del pueblo, y un compañero y yo dormíamos en un container ubicado al frente. Recuerdo que a las tres de la mañana me dieron ganas de orinar y, al salir, me fijé que había luna llena. Mientras estaba orinando observo dos gatos sobre una muralla junto a la cual había unos matorrales altos. Los gatos se erizaron y salieron corriendo y maullando con miedo. Fue entonces que me percaté que de entre los matorrales apareció una sombra con forma humana, alta y oscura. La sombra venía hacia mí, pero flotando. Al ver esto corrí a todo lo que podían mis piernas, quería gritar, pero no me salía la voz. Al llegar a mi cama me cubrí entero y me puse a rezar. Unos días después supe que antiguamente ese terreno había sido un cementerio y no era la primera vez que pasaba algo así.

Marcos, Calama

Compañía nocturna

Un verano fui con mi familia al campo, específicamente a la octava región. Nos acomodamos en la casa y nos dispusimos a disfrutar. Una noche, tipo tres de la mañana, me despierto y veo a un costado de mi cama una sombra de unos dos metros de altura, que ponía sus manos en mis piernas y estas se me dormían, luego en mis brazos y también se me dormían. Al principio pensé que era mi primo, entonces le grité. La mañana siguiente él me pregunta con quién estaba peleando, le respondí que a él le gritaba por haberse colado en mi habitación para asustarme. Mi sorpresa fue grande cuando me aseguró que nunca había entrado esa noche, pero también que me oyó discutir con alguien. Jamás he podido saber qué fue lo que vi.

Charly, Santiago

¿Reencarnación?

Mi hermana falleció de bebé. De eso han pasado cuarenta y siete años. Cuando era chica, mi otro hermano y yo siempre la sentimos presente; incluso en el pasillo donde fue velada escuchábamos a un bebé llorar.

Fui mamá hace veintitrés años y desde ese momento dejamos de sentir a mi hermana muerta. Mi madre dice que mi hija es muy parecida a ella. Un día nos contó que en un sueño se le

apareció y le dijo que ya no fuera más al cementerio a visitarla porque había vuelto y estaba en la casa con todos nosotros.

María

Marianita

A mi hija, cuando tenía cinco años, le gustaba mucho ponerse pañuelos blancos en la cabeza y usar vestidos también blancos con vuelos porque Marianita le decía que debía vestirse así.

Nosotros no le dimos mayor importancia al asunto, siempre pensamos que se trataba de una amiga imaginaria, por lo tanto seguimos la vida normal. Ella creció y se olvidó de su amiga y, desde luego, cambió su estilo de ropa. La noche antes de su matrimonio, vi a una niña de aproximadamente siete años sentada a los pies de su cama, moviendo su mano como despidiéndose, muy angelical, vestida igual que mi hija cuando tenía más o menos esa edad.

Anónimo

La credencial

En el año 2011 trabajé de patrullero en una empresa minera. Debíamos hacer punto fijo a las dos de la mañana para cuidar el entorno, pues mucha gente iba a robar alambre de cobre. Nos turnábamos para dormir. A mí me tocó patrullar primero. Cuando despierto, le hablo a mi colega, acostado en su cama junto a la mía. Al salir y alumbrando con mi linterna, de repente lo veo de pie. Le pregunto que quién era entonces la persona que estaba hacía un momento conmigo en la habitación. Quedé con mucho miedo, y claro, mi compañero también. Después, me confesó que de una animita había sacado una credencial que guardó en la guantera de la camioneta. Discutí con él señalándole que esas cosas no se podían hacer, y llegamos a la conclusión de que su dueño quería que la devolviéramos.

Anónimo

No se quiere ir

Hace unos años me tocó hacer un inventario. Al día siguiente mi jefe me pregunta con quién estaba trabajando. Extrañada le dije que había estado sola, a lo que él me comenta haber visto a un señor a mi lado mirando lo que hacía. Yo sostuve mi versión del trabajo en solitario. Entonces fuimos a ver las cámaras, y claro: yo tenía razón. Nos pusimos a investigar y descubrimos que unos años atrás hubo un accidente de helicóptero en el que falleció en ese exacto lugar un señor mayor, el mismo que vio mi jefe a mi lado.

El director y su sombra

Trabajé en un colegio como asistente de párvulo. Un día en que los niños ya se habían retirado, me quedé a terminar unas cosas. Eran alrededor de las siete de la tarde cuando se me acercó una auxiliar que trabajaba haciendo aseo para preguntarme que qué hacía ahí, y que me fuera, ya que a esa hora se aparecía don Lorenzo (el fallecido director del establecimiento). Me dio mucho miedo, entonces me apuré en salir. Llegamos a la puerta y vimos una sombra más o menos del tamaño de un hombre adulto: el director, al parecer, se resistía a abandonar el colegio.

Anónimo

Almas en pena

Esto me pasó trabajando como guardia de la Universidad Andrés Bello de calle República esquina Sazié, hace muchos años. Una noche me tocó hacer turno en el área de contabilidad. En un momento dado oí el sonido de las ruedas de un coche y el llanto de un bebé, lo que me causó mucha extrañeza, pues ya era tarde. Salí a mirar, pero no había nada. Al otro día pregunté y me dijeron que en esa sede penaban; entonces me quedé con eso. Tiempo después tuve que hacer guardia con tres compañeros más en otra sede de esta universidad. Nos encontrábamos en un segundo piso (era una de esas casas antiguas), cuyo pasillo tenía en uno de sus costados un ventanal grande. Allí fue donde mis compañeros y yo vimos aparecer a un hombre que venía hacia nosotros, pero como flotando. No lo podíamos creer, quedamos perplejos los cuatro: nunca antes habíamos vivido una situación así.

Manuel, Santiago

Las apariciones del colegio Santa María

Estudí en el colegio Santa María de Iquique. En plenas movilizaciones estudiantiles, unos compañeros y yo debimos hacer turnos de noche en el colegio. Durante uno de ellos vimos a unos quince metros de donde estábamos a una señora barriendo. Yo quise saber quién era, pero a medida que me acercaba, ella se iba esfumando. Fue la experiencia más paranormal que he vivido. Lo mismo le ocurrió a un conserje, quien estuvo con tratamiento psiquiátrico, ya que cada noche veía fantasmas, por así decirlo, y creyó que se estaba volviendo loco. Este colegio lo derrumbaron porque ocurrían muchos sucesos paranormales.

Anónimo, Iquique

Extraño compañero

Siempre que hay fechas importantes en el colegio me levanto muy temprano. Un día de convivencia llegué veinte para las siete de la mañana. Mientras esperaba afuera para entrar, levanté en un momento la cabeza y vi una sombra negra corriendo por mi sala. Cuando por fin pude entrar, volví a ver la misma sombra subir y bajar escaleras. Primero pensé que era un compañero, pero la velocidad con que se desplazaba era insólita. Me acerqué a la entrada del colegio nuevamente y pregunté si había llegado alguien más, pero yo era el único ahí.

Anónimo, Santiago

La monja II

Hace muchos años atrás, yo estudiaba en una escuela de monjas y con unas compañeras se nos ocurrió jugar a la ouija. Días después, en las duchas se me apareció una monja ya fallecida; algunas de mis compañeras también la vieron, así que tuvimos que ir a hablar con la madre

superiora para contarle lo que habíamos hecho. Estuvimos haciendo rezos y misas diarias para que el espíritu de aquella monja fallecida se fuera.

Macarena, El Monte

Bienvenida

Trabajo en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Aquí se aparece un hombre alto vestido con ropa antigua. Con él anda un niño, y ambos le dan la bienvenida, por así decirlo, a cada guardia que llega a trabajar a la facultad, es decir, lo siguen durante su ronda nocturna.

Carlos, Santiago

El espectro corredor

El año 1982 en la Escuela N° 3 de Bellavista Tomé, donde yo estudiaba, hacíamos competencias atléticas en uno de sus terceros pisos (son dos edificios), que consistían en cruzar de un edificio al otro. Todos sabían que penaban en ese piso. De hecho, había salas ubicadas ahí que no se ocupaban. Yo, como era bastante rápida, les dije a mis compañeros que lo cruzaba. Empecé a correr y a la mitad venía conmigo una sombra, semejante a un joven, que me acompañó hasta el final de la carrera.

Marlen, Tomé

El último recreo

Hace años en el colegio me tocó quedarme de semanero justo en invierno. Con unos compañeros nos pusimos a contar historias de terror. De pronto empezamos a sentir ruido, voces de niños, tal

como si fuera un recreo. Nos asomamos al pasillo y vimos varias sombras que, por supuesto, nos asustaron mucho. Al día siguiente le contamos la experiencia al inspector, un hombre ya mayor, quien nos relató que en ese pasillo antiguamente hubo un incendio en el que perdieron la vida muchos niños. Ahora sabemos que posiblemente esa tarde se nos aparecieron.

Alejandro Muñoz, Puerto Montt

Ella quiso maldecirme

Me crié en el sur, en la localidad de Valdivia. Cerca de mi casa siempre pasaba una señora muy viejita, y a veces la veía tomando tierra y poniéndola en una bolsa plástica. Yo tenía alrededor de diez años una tarde en que regresaba de comprar y me percaté de que esta señora viene unos metros detrás de mí, se agacha, toma un poco de tierra y se va. Intrigado, esperé unos minutos que se alejara para tratar de averiguar qué pudo haber recogido del suelo. Me extrañó descubrir que había tomado un poco de tierra de una huella de mis zapatillas; pero no le di importancia. Cuando le conté a mi mamá, ella me dijo que esa anciana era medio bruja, así que me llevó con otra señora para revertir cualquier maleficio que pudiera haberme hecho. Recuerdo que al día siguiente, mientras íbamos donde la curandera, vomité casi todo el camino y me sentí mal. Ha sido lo más paranormal que he vivido. Así como existe el bien, también existe el mal.

Anónimo, Santiago

El diablo en Longaví

A mi excuñada se le apareció el diablo. Fue en la localidad de Longaví hace unos doce años, una tarde de invierno cuando iba camino a su casa. La dejó tan mal este encuentro que estuvo cinco meses en el hospital de Talca. Jamás volvió a vivir en esa casa después de su recuperación.

Anónimo, Santiago

Sobre el vientre

Tengo un tío abuelo que vivía en Curacaví. Él nos contó que su hija embarazada despertaba en las noches con duendes sentados en su vientre. Los veía con ropa celeste y maquillados; ahora son sus nietos quienes señalan que los divisan en los pasillos. Al parecer no quieren irse de ese hogar.

Anónimo, Santiago

La advertencia

Viví en Renaico hace unos cinco años. Antes de irme a trabajar, por las mañanas salía a trotar. Un día pasé por una estación histórica, donde un señor me preguntó por una dirección. Le respondí que yo no era de la zona y no podía ayudarlo. Lo curioso es que en la tarde, en un paradero de la locomoción, me lo encontré de nuevo y me advirtió que estuviera bien atento en mi trabajo, porque podía sufrir un accidente. La verdad es que, aunque me extrañó un poco, no le di mayor importancia hasta que colapsó una escalera eléctrica que se desplomó sobre el andamio que yo iba a ocupar en ese momento.

Anónimo

No los mires a los ojos

En la localidad de Punitaqui, cuarta región, donde vivía mi abuela, sus vecinos más cercanos — según ella nos contaba— eran brujos. Siempre nos decía que no debíamos mirarlos a los ojos. Un día al pasar por ahí, y desobedeciendo sus consejos, miré a la cara a la señora y noté que el color de sus ojos era extraño, muy opaco. ¡Nunca se me va a olvidar el escalofrío y el miedo que sentí al toparme con aquella bruja!

Anónimo

Seres sin rostro

Desde niño mi madre nos mandaba de vacaciones al lago LleuLleu, en la localidad de San Ramón. En esa época no había luz eléctrica, por lo tanto teníamos que usar velas. Una noche fuimos a bañarnos al lago, cuando divisamos a lo lejos un bote que se iba acercando a nosotros. Lo extraño es que no se les veían las caras a sus ocupantes. Salimos corriendo, le contamos a mi abuela y nos dijo que eran brujos. No volvimos a aventurarnos nunca más de noche solos.

Mario, Concepción

Ritual tenebroso

En mi adolescencia iba de vacaciones con mis primos a Horcón, quinta región. Esperábamos la noche para bajar al centro a jugar videojuegos y luego a una discoteca. Una noche, terminado el carrete, regresábamos a la casa, y para acortar camino nos metimos a un pequeño bosque. Íbamos tranquilos hasta que nos topamos con un grupo de personas en un círculo que, al parecer, estaba orando o invocando algo. Al centro de ese círculo se encendió una luz tenue, que luego se hizo más clara. Quedamos boquiabiertos, sobre todo cuando nos vimos rodeados de muchos pájaros tue-tue. Salimos corriendo a todo dar y no bajamos al centro en muchos días. Mi madre estuvo indagando con algunas personas y estas le dijeron que eran brujos que cada cierto tiempo iban a Horcón a realizar sus rituales.

Santiago

El último adiós

Entre los años 2006 y 2010 trabajé en un club nocturno en San Antonio, donde me desempeñaba haciendo aseo en las habitaciones y otros quehaceres. Una noche, los dueños me pidieron que

fuera a lavar unos vasos. Me encontré con un amigo de ellos, un inglés que frecuentaba el club. Lo noté medio pálido y raro, así que le pregunté si se sentía bien. Me contestó que no lo interrumpiera puesto que estaba conversando con una de las chicas. Le hago ver que está solo en la barra y me voy a limpiar una habitación que se acaba de desocupar. Al entrar veo a una de las chicas tendida en la cama, muerta. Mi teoría es que se estaba despidiendo de su mejor cliente.

Anónimo



Algo corrió detrás de mí

Trabajé en un colegio pequeño donde casi todos se conocían. Este colegio quedaba frente a una cancha de fútbol que antiguamente ocupaba un cementerio laico. En la sala del kínder había mucha actividad paranormal, por llamarla de algún modo: aparecían los juguetes arrumbados, se escuchaban voces, movimiento, etcétera. Una vez, realizando mi ronda con linterna en mano, sentí que algo empezó a correr detrás de mí. Pensé que un perro se había metido, pero al voltear vi unos pantalones y una polera, sin torso, corriendo por el pequeño patio y que luego se desvaneció frente a mí.

Anónimo



Olor a flores

Hacía dos meses me había comprado una moto nueva. En las noches iba a visitar a mi madre, cuya casa quedaba a unos quince minutos de trayecto. Al regreso me tocaba pasar por una curva muy pronunciada, donde me gustaba acelerar para que mi moto se ladeara. En una oportunidad, como a eso de las doce de la noche, mientras me despido de mi madre se me ocurre ponerme el casco adentro de la casa. De inmediato sentí olor a flores, pero como a flores de funeral. Me subí a la moto y partí. Iba despacio, ya que había quedado con algo de temor. Al llegar a la curva bajé aún más la velocidad, cosa que no hacía habitualmente, y entonces me encontré de la nada con una mancha de aceite en el camino; supe enseguida que me iba a caer. Y así fue: la moto se deslizó, cayó y salió disparada. En ese momento la solté y quedé sentada en la calle, pero la moto se impactó con la vereda y se detuvo muchos metros más allá. Llegó gente a ayudarme, aunque afortunadamente no tenía mayores lesiones, apenas un raspado en mi dedo meñique. Creo firmemente que ese olor a flores de cementerio que sentí al ponerme el casco fue un aviso. Si hubiera ido a la velocidad que acostumbraba, quizás hoy no estaría contando esta historia.

Anónimo

El perro nocturno

Hace muchos años trabajé en un negocio que me obligaba a salir casi a medianoche. Para acortar tiempo me iba en mi bicicleta por un camino al lado de la línea del tren. Una noche, siguiendo mi ruta habitual, me sentí observado; me bajé de la bici para pasar por la línea del tren y detrás de mí veo un perro grande, negro y con ojos rojos. La verdad es que eso no era de este mundo. Yo avanzaba rápido y el animal avanzaba también. Tenía mucho miedo, así que me puse a rezar. Iba con los hombros encogidos y casi corriendo. Al llegar a un sector más iluminado, me doy vuelta a ver y la cosa ya no estaba. Fue una experiencia aterradora.

Anónimo

Un señor elegante

Hace años trabajé en una universidad a cargo del área de archivo audiovisual y también de la biblioteca. Una tarde de invierno, sentado en mi escritorio —frente a mí la única puerta de acceso—, me encontraba frente al computador cuando inclino la vista y en el reflejo de la mampara al costado de la puerta, aparece un hombre de pie a mi izquierda. Vestía de una manera elegante y tenía una sonrisa dibujada en su rostro. No me produjo temor, así que le dije a mi compañera (sin quitarle la vista a aquel señor) que mirara hacia la puerta para que también pudiera verlo. Y es que cada vez que llegaba a trabajar saludaba a los espíritus e interactuaba con ellos. Claro que nunca pensé que iba a ver materializarse uno algún día.

Anónimo

Abuelo, ¿eres tú?

Hace unas noches, a las doce y media aproximadamente, me disponía a dormir, pero escuché

unos golpes violentos que provenían de la pieza de mi abuelo. Obviamente fui de inmediato a ver si se encontraba bien. Mi abuelo figuraba sentado a los pies de su cama, gruñendo. Su cara lucía transformada, sus ojos tenían un color amarillo brillante, y de su boca caía un líquido. Quedé paralizado y no reaccioné hasta que mi hermana puso su mano en mi hombro. Aún muy asustado, le pregunto a ella mirándola a los ojos si está viendo lo mismo que yo, pero no. Entonces al volver a mirar a mi abuelo, él lucía normal. Hasta hoy no comprendo qué significó ese evento paranormal del que me aterroricé.

Miguel, Puerto Montt



Misterioso ser de luz

Una noche en el campo, mientras encerraba a mis animales, me topé con un ser extraño de apenas un metro y medio de estatura. Ambos nos asustamos mucho y él corrió hacia una luz que lo esperaba en medio de la oscuridad. De golpe todo se apagó y mientras yo corría a refugiarme en mi hogar descubrí esa misma luz, pero ahora en el cielo, que se movía muy veloz y desvaneciéndose.

Anónimo



El niño en la mina

En el año 2005 fui a conocer las minas de Lota como paseo de curso. Recorrimos muchos lugares junto a los mineros. En un momento dado uno de ellos nos pide que apaguemos las luces de nuestros cascos. En la oscuridad siento que alguien toca el mío a lo menos tres veces. Seguimos recorriendo y todo bien. Al volver a la escalera para subir a la superficie, me encuentro con un niño que tenía dificultad para subir. Por supuesto, lo ayudé y le pregunté su nombre. No

era de mi curso, y cuando le pregunté después a la profesora quién era, ella no tenía idea. Nadie lo conocía, ni tampoco lo vio. Ahora sé, claramente, que aquel niño fue una aparición.

Anónimo

La micro del terror

Dos años atrás, mi madre y yo abordamos, ya de noche, un microbús del recorrido 210 de Puente Alto. En el trayecto se subió un matrimonio de edad que luego se desvaneció como si nada. No pudieron haberse bajado sin nosotras advertirlo, ya que íbamos al lado de la puerta y nunca vimos descender a nadie. Quedamos muy asustadas. Cuando llegamos al último paradero del recorrido, nuestro destino, el chofer no nos paró sino unos metros más lejos; se notaba muy molesto. Al abrirse las puertas, y mientras nos disponíamos a bajar, salió de su cabina, pero no se le veía el rostro. Nos apuramos en alejarnos lo más rápido posible, ya que toda la experiencia en aquella micro había resultado muy extraña y tenebrosa.

Berta, Macul

Lamentos a bordo

Fui conscripto en el contingente 01 año 2004-2005. En alguna oportunidad me enviaron a realizar guardias al monitor Huáscar. Allí escuché desde gritos hasta murmullos. Siempre estaba acompañado por un compañero, pero solo éramos nosotros dos: los murmullos, lamentos y gritos sin duda eran de las almas en pena que circulan por ahí.

Miguel, Santiago

«La carroza»

Hay un bus acá en Iquique que trajeron del sur. Este bus había sufrido un accidente en el que resultó fallecida una persona. Aquí le decíamos «la carroza», a causa de eso. A varios choferes de la zona, en sus rutas, se les ha aparecido el muerto. Ningún pasajero quería subirse por temor a tener una experiencia paranormal. Por tratarse de una muerte trágica, esta pobre alma quizás aún no sabe que no pertenece a este mundo.

Julio, Iquique

El tren fantasma

Compartía con unos amigos en la comuna de Maipú, en el cerro Gasco, villa Los Héroes, donde está la línea férrea, escuchamos que venía el tren y nos quedamos observando. El sonido se sentía cada vez más cerca, pero para nuestra sorpresa jamás vimos pasar tren alguno. Quizás sí lo hizo, pero en una dimensión paralela. Mis amigos y yo nos asustamos y nos fuimos rápidamente de ahí.

Bernardo, La Florida

Lobo de mar

Navegaba en un buque pesquero hacia el sur completamente solo. De pronto escuché un rugido muy fuerte proveniente de la parte trasera de la embarcación. Cuando volteo para ver qué era, por un microsegundo se me aparece una especie de hombre lobo tremendo, que debió salir del agua porque no me explico de dónde más. Y en un abrir y cerrar de ojos esa cosa ya no estaba.

Mario

Amigos para siempre

El compadre de mi papá falleció en el año 1996. Con su muerte él sufrió mucho, pues eran amigos desde la adolescencia. Cuenta que siempre lo presentía en la madrugada. Mi padre era camionero y en una de sus rutas, enojado, lo retó por dejarlo solo. «Compadre, si usted está aquí acompañándome, deme una señal». De pronto en la cabina del camión se prendió la luz. Lo raro es que como era una máquina nueva, se supone que los interruptores están más duros y por ende más difíciles de apretar; pero esa luz se accionó sola, incluso sonó el clic del interruptor justo cuando mi padre le habló a su amigo. A partir de ahí quedó tranquilo sabiendo que su compadre seguía con él, aunque ya no estuviera en el plano físico.

Ricardo, Santiago

El reflejo de mi padrino

En el año 1980 yo vivía en Lampa, viajaba y cruzaba Américo Vespucio entrando a la Ruta Norte, en ese tiempo muy oscura. Un día sentí un aroma agradable mientras iba conduciendo. Al mirar por el espejo retrovisor descubro que en el asiento de atrás hay una sombra como una persona. Me dio escalofrío, pero seguí conduciendo por varios kilómetros más en compañía de aquella sombra. Al rato me llaman para avisarme que mi padrino (quien estaba internado en una clínica) había fallecido. Pienso que se fue a despedir de mí, ya que teníamos una relación muy cercana.

Anónimo

El cordero

Una noche, hace aproximadamente quince años, me trasladaba junto a un amigo en un tractor al interior de Curicó. Estaba todo muy tranquilo hasta que oímos un cordero a lo lejos y luego más cerca, que venía emitiendo su característico balido, aunque no podíamos verlo. De repente, el animal saltó por encima de nosotros, casi volando, como si alguien lo arrojara. Nos invadió un miedo tremendo y nos mantuvimos en total silencio hasta llegar a nuestro destino.

Anónimo

Buenas noches

En Semana Santa íbamos llegando a la Ruta 5 Sur, cuando vemos a un señor de sombrero y manta cruzando el camino. Bajo considerablemente la velocidad, lo esquivo; él nos sigue con la vista y nos sonríe. Al mirarlo nuevamente, ya no estaba.

Anónimo

La intuición

Yo trabajo en el aeropuerto trasladando personas a sus destinos. Una noche cerca de las dos y media de la madrugada salió un pasajero que iba a Curacaví. A mi regreso tomé la Ruta 68, y a la altura del cementerio que hay en la carretera, divisé a una persona haciendo dedo. La verdad es que sentí mucho miedo y la sensación de estar viendo quizás a un fantasma. Entonces decidí no llevarlo, pasé. Al ver por el espejo retrovisor, el hombre se había esfumado.

Marcelo, Santiago

Un joven extraño

Soy conductor de aplicaciones y trabajo de noche. En dos oportunidades distintas me pasó lo mismo: yendo por avenida Tobalaba (al sur, a la altura de las viñas de Quilín), cerca de las tres de la madrugada, vi a un joven de unos veinte años mirando fijamente mi auto. Ambas veces lo he seguido con la mirada, pero luego de pasarlo con mi auto y mirar hacia atrás, él ya no se ve. Ambas experiencias me han ocurrido con dos meses de diferencia y con la misma persona, en el mismo lugar y a la misma hora.

Anónimo, Santiago

¡Taxi!

Cierta noche, trabajando como taxista, iba por la calle San Diego a la altura de Eleuterio Ramírez. En esa esquina, un señor vestido de terno me hace parar, me pide que baje el vidrio y me dice que él va a buscar un maletín dentro de un local —que ahora ya no existe— y viene, que por favor lo espere. Afuera del local había un guardia, y como el eventual pasajero se demoraba mucho en volver (alrededor de cinco minutos), me bajo a preguntarle al vigilante si acaso él sabe si el hombre va a requerir realmente el taxi. El guardia me dice que yo paré solo, que nadie me solicitó el auto; incluso me propone que entre al local y vea por mí mismo que en su interior solo se encuentran dos mujeres. Al parecer, ese hombre jamás existió.

Anónimo, Santiago.

Los pasajeros de humo

Tengo un amigo que trabaja como colectivero en Melipilla. Allá las carreras parten en quinientos pesos. Una tarde lo toma un matrimonio de mediana edad. Al bajarse en la calle Benítez, donde

está el cementerio, le pagan con un billete de veinte mil pesos. Mi amigo lo revisó y les entregó el vuelto. Al alejarse vio cómo el matrimonio se hizo humo en la pandereta que rodea el cementerio. ¡inexplicable!

Anónimo, Santiago.

Experiencia religiosa

Viajaba de Valdivia a Puerto Montt en un bus que iba lleno. En una parada se sube un señor y se queda de pie a mi lado. Yo me sentía incomodo porque me miraba con insistencia. Pensé que quizás me conocía, pero finalmente no le di importancia. Al llegar a Puerto Montt, me acerqué a un quiosco a mirar las portadas de las revistas. En un póster reconocí al hombre del bus. Lo raro era que en la imagen salía vestido de cura. Yo no soy chileno, soy argentino, por lo tanto no reconozco a todas las personas famosas de este país. Entonces le pregunto al quiosquero quién era aquella persona, a lo que este me responde «Es el padre Hurtado, san Alberto Hurtado».

Óscar, Valdivia

Un conductor atento

En mi juventud, cuando tenía alrededor de veinte años (actualmente tengo sesenta y uno), salía mucho a mochilear. La experiencia más paranormal que tuve en la vida fue en esa época. Recuerdo que me encontraba haciendo dedo a la salida de Villarrica, no recuerdo hacia donde me dirigía, pero me paró una camioneta de trabajo, como las que se ven en la feria, tipo Peugeot Partner. El conductor era muy amable. Hablamos alrededor de media hora, que fue el tiempo que estuve en su camioneta. De improviso me dice que me afirme porque nos vamos a volcar. Yo sentí mucho miedo ya que su cara se transformó un poco, así que decidí bajarme. Una vez abajo, la camioneta siguió su camino un par de metros y luego desapareció. No me explico qué pudo haber pasado realmente, quizás dobló en un bosque, no sé, pero fue una experiencia aterradora.

Anónimo, Santiago

El llamado

Mi abuela falleció antes que mi abuelo, por lo que él quedó muy triste. Una noche acudí al llamado de mi tata, entré rápidamente a su pieza y él me dice que mi abuela estaba detrás de la cortina y lo llamaba. Yo no creí mucho, entonces lo tapé bien para que durmiera. Pero en eso siento un viento tibio que me pegó en la espalda. Cuando me doy vuelta, veo la cortina moviéndose un poco por este vientecito. Siempre

he sido escéptica, pero lo que sentí aquella noche aún no puedo explicarlo.

María Paz, Calama

El aroma de mi padre

Mi padre falleció cuando yo tenía veinte años (ahora tengo veintiocho). Desde que se fue siempre siento su olor a perfume en ocasiones importantes para mí: cuando me he sacado buenas notas, cuando lo estoy pasando increíble con amigos, cuando me titulé de la universidad, etcétera. La última vez fue hace un par de meses en un viaje al norte donde pasé a comprar unas cosas que me habían encargado. Fui a una perfumería y un promotor se me acerca ofreciendo perfumes de hombres. Traía dos, uno de ellos increíblemente el que usaba mi papá. Pienso que él siempre me acompaña, y eso me pone feliz.

Catalina, San Miguel

¿Quién era ella?

Me encontraba junto a mi hermana en la casa de mi madre. Estábamos solas y le digo que subiré a mi pieza, que estaré ocupada y que no me moleste. Ella se quedó viendo televisión como lo hacía siempre. Ya sola en mi habitación, siento una presencia a mi lado, miro de reojo y era una niña (yo supuse que mi hermana había entrado, así que la reté). Cuando voy a pedirle que salga, la niña ya no está. Al bajar, mi hermana seguía viendo televisión y me aclara que en ningún momento ha subido.

Katy, El Bosque

Cruzó la pared

Cuando era chico, en la casa había una sola tele, en el dormitorio de mis papás. Ellos partían temprano a trabajar y apenas salían, yo me iba a su pieza a jugar Nintendo. Un día, mientras jugaba, sentí bulla en la mía: alguien hacía sonar las bolsas de juguete que guardaba bajo la cama. Quedé helado. De pronto el ruido acabó, pero un ente fantasmal cruzó por la pared que colindaba con mi pieza, pasó por mi lado y traspasó el muro del frente.

Daniel, Lo Barnechea

Una mujer me miraba

Vivíamos en Valdivia en una casa muy grande. Yo tenía diez años en ese entonces y siempre veía una mujer que me miraba. Cada vez que le comentaba a mi madre, ella no me hacía caso, no me respondía. Cuando crecí, y por supuesto nos cambiamos de casa, ella me contó que en esa antigua casa había muerto una mujer, pero no quería creer que se me apareciera justo a mí.

Bárbara, Santiago

Les cambió el rostro

Cuando cursaba octavo básico tenía dos compañeros que eran hermanos. A ellos les gustaban los rituales de la noche de San Juan y hacían cada año distintas cosas, como el ritual de la vela frente al espejo viendo el propio reflejo. Un año más tarde, meses después de aquella mística noche, a mis compañeros les cambió el rostro, tenían manchas y la mirada extraña. Pasó un tiempo y no volvimos a saber de ellos. Un día pasé por fuera de su casa y estaba todo cerrado. Pregunté a los vecinos, pero nadie sabe a dónde se fue la familia. Dicen sí que se sienten ruidos extraños dentro de la casa.

José, Puente Alto

Raquel

Cuando mi padre era joven, una noche después de compartir unos tragos con amigos, se fue a dormir. Ya en su cama, a los pies vio sentada a una mujer. Le preguntó quién era, a lo que ella le respondió «Yo soy Raquel y a mí me mataron aquí». Luego de esa declaración, desapareció. Yo también la vi un par de veces, pero ella solo pasó mirándome, jamás me habló. Incluso recuerdo también que el piso de la casa era de madera y se sentían pasos, pero en realidad no caminaba nadie.

Sofía, Viña del Mar

Nunca juegues con eso

Cursando la enseñanza media tuve un compañero de curso del que me hice muy amigo. Ambos estábamos en tercero. La noche de Halloween decidimos jugar a la ouija, luego de lo cual quedé muy afectado, ya que debido a este juego sentí una presencia, por así decirlo, dentro de mi

cuerpo. Yo nunca lloro, pero en ese momento lo hice y me sentí muy mal, pues se supone que el espíritu que invocó la ouija fue asesinado en 1757 por un antepasado mío. Era un niño de ocho o nueve años y estaba realmente enojado. Después de esa noche, siguieron pasando cosas muy malas. De hecho, la ouija me advirtió que ese año iba a repetir de curso, lo que ocurrió; así como también ocurrió que la mamá de mi amigo enfermó de gravedad y luego falleció. Fue una experiencia realmente traumática y nunca más en la vida volvería a jugar con eso.

Anónimo, Santiago

Señales

Trabajé como guardia de seguridad de un mall en horario nocturno. Me gustaba mucho mi trabajo, era tranquilo y había hecho buenos amigos. En ese entonces yo tenía veintidós años (actualmente tengo treinta). Recuerdo que una noche llegué a hacer mi turno. Como cada jornada, dejé mis cosas en el casillero. Cuando estaba por cerrarlo, se cae mi billetera, y una foto donde aparezco con mi padre salió volando. Dejé todo en su lugar y me fui a hacer mis rondas. Me sentía raro, incómodo, como presintiendo algo. A eso de las tres y media de la madrugada, recibo una llamada telefónica: era mi madre avisándome que mi padre había tenido un accidente.

Claudio, La Granja

Aquel amiguito

Mi madre, cuando tenía diez años, vivía en la comuna de La Pintana. De un día para otro empezó a ver a una criatura pequeña que siempre la seguía por toda la casa. La describía como algo pequeño, con un sombrero. Me contó que al principio tenía miedo, pero que después empezó a establecer una relación de amistad con ese ser, con el que incluso jugaba a la pelota. Su hermana también podía verlo, pero a ella no le gustaba. Cuando le contó a mi abuela, ella no le creyó y empezó a espiarla para saber si mentía. Mi abuela cuenta que una vez vio a mi madre patear una pelota que luego se devolvió sin estar en la casa más que ellas dos. Tiempo después tuvieron un perrito llamado Toby que, según mi mamá, cada vez que ella jugaba con el duende, le ladraba y

este se enojaba y se iba. Un día Toby amaneció muerto y ahí mi abuela comenzó a temerle a esta criatura. A mi mamá nunca le dio miedo, pero a mi abuela sí, por lo que optaron por buscar a alguien que las ayudara. Encontraron a una señora que les dijo que tenían que alejarse de ese ser lo más pronto posible, pues de lo contrario, todo lo que le molestara, iba a terminar eliminándolo, tal como ocurrió con el perrito.

William, San Bernardo

Mi madre me sostuvo

Un diciembre de hace unos años falleció mi madre. Ese día yo estaba en Suiza, en el aeropuerto de Zúrich a punto de viajar a Florencia. En la escalera mecánica tropecé no sé con qué, pero siento que alguien me endereza. Yo iba cargando dos maletas y pude haber tenido un accidente serio, incluso fatal. Siempre pienso que fue mi madre fallecida quien me sostuvo en esa oportunidad.

Claudia

La compañía que nadie quiere

Mi exsuegro siempre afirmaba que el diablo lo seguía. Cuando compartíamos, cuando estábamos felices, él decía que el diablo lo rondaba. Sufría pesadillas y permanentemente andaba con temor. Manifestaba que solo en la iglesia se sentía bien y tranquilo, pero que al salir de ahí el demonio ya estaba detrás de él. Mi exsuegro terminó suicidándose.

Anónimo

Los seres del camping

Para unas vacaciones fuimos al camping municipal que está al lado del Salto del Laja. Una noche, a eso de las cuatro de la madrugada, mi hija de dieciséis años quiso ir al baño. Fue sola, pero se devolvió rápidamente porque vio muchas personas pequeñas por el camping. Al día siguiente me puse a observar si era efectivo que había familias pequeñas en el lugar, pero no. Quedé helada cuando tiempo después conversando con alguien, me cuenta que en ese camping se aparecían duendes. Es lo que vio mi hija esa madrugada.

Elvira

El pescador misterioso

En los setenta yo tenía quince años y vivía en Llanquihue. Una noche fui a pescar con un amigo que ya era mayor de edad. Alrededor de las dos de la madrugada decidimos quedarnos en un punto fijo a esperar los salmones. Estábamos tranquilos y callados y solo la luz de la luna nos alumbraba. De repente sentimos el sonido de una chumacera (que es la argolla en donde se pone el remo en un bote para poder avanzar). A lo lejos divisamos un bote navegando contra la corriente, con un hombre de pie que vestía manta y sombrero. Mi amigo y yo nos quedamos un poco asustados y en silencio, mientras el hombre se voltea, nos levanta la mano y nos dice «Buenas noches, amigos» y se va. Lo curioso es que el sonido de las chumaceras seguía oyéndose a pesar de que nadie iba remando aquel bote.

Robinson

La risa del bebé

Una tarde me encontraba cuidando a mi hermano menor. Yo tenía diecisiete años y él, tres meses. Mi madre había ido a dejar unas cosas a la casa de mi abuela: era un trámite corto así que yo me quedé con él. Estaba en el computador haciendo un trabajo para el colegio y mi hermano en su coche, mirando hacia el televisor donde le tenía puesto un canal de dibujos para bebés a muy bajo volumen. De repente, una fuerte risa de bebé ya más grande me saca de mi concentración. Me paré rápido, fui a mirar a mi hermano, pero él estaba durmiendo. No sé quién

se pudo haber reído de esa manera, era imposible que fuera él, tan pequeño, aparte que dormía. Llamé de inmediato a mi madre para que volviera, ya que la verdad es que me dio mucho temor.

Rodrigo, Quinta Normal

Poltergeist

Recuerdo que en el verano del año 2015 mis padres arrendaron por cinco días una casa en un cerro de Valparaíso. La primera noche después de pasear, nos dispusimos a ver una película en familia; era una comedia, así que la vibra era bien buena. Estábamos en el living cuando todos sentimos que en el segundo piso alguien caminaba rápido. Nos miramos, le pusimos pausa a la película y subimos a ver quién era, pero no encontramos a nadie. El segundo y tercer día no sentimos nada, pero el cuarto nos botaron una loza de la cocina al suelo con nosotros a metros de ahí. Quedamos muy asustados, así que decidimos salir ese mismo día de la casa. Y cuando estábamos cargando el auto para irnos, vi que pasó una abuela por fuera, la miró y se persignó. Me dio mucho miedo como para preguntarle por qué había hecho el gesto de santiguarse. Desde luego, nunca más volvimos a esa casa.

Carolina, Santiago

La muñeca diabólica

Cuando tenía diez años, pedí de regalo una Rosalba, un tipo de muñeca que medía cerca de un metro y daba pasos si le movías la mano. Mis padres me la regalaron y yo estaba muy feliz. Recuerdo haber jugado todo el día con ella. Cuando llegó la noche, mi madre la dejó en mi habitación junto con una ropa de invierno que no íbamos a usar. Me acosté, pero me sentía rara, como observada. Solo pude conciliar el sueño tapándome el rostro. Al día siguiente le dije a mi madre que no quería tener más la muñeca en mi habitación, entonces ella la sacó. Cuando me preparaba para dormir, sentí que algo o alguien me levantaba el colchón por debajo de la cama. Tuve mucho miedo, pero logré bajarme, prender la luz y salir a buscar a mi mamá. Al entrar en su habitación le pregunté dónde había dejado la muñeca. «Bajo tu cama», me respondió.

Una luz incandescente

Esta historia le sucedió a mi abuelo, su hija, su yerno y otros familiares. Estaban en Pirque y decidieron ir a cazar conejos al cerro. Partieron con todos los implementos y algo para comer por si a alguien le bajaba el hambre, ya que estarían muchas horas fuera. Caminando a oscuras, divisaron una luz en el cielo que se les acercaba. Cuando esta luz se posó encima de ellos, mi abuelo se escondió en los matorrales, pero los demás quedaron desguarnecidos. El marido de mi tía comenzó a gritarle y a apuntar con su escopeta. Sin embargo, un segundo más tarde no pudo seguir gritando ni moviéndose: todos quedaron paralizados. Mi abuelo observaba la situación detrás del matorral, pero no entendía nada. Contó después que de esa luz fuerte salieron otras luces más pequeñas y cuando por fin se fue, ahí recién todos pudieron sacar el habla y moverse.

Anónimo, Santiago.

Gracias, señor

Soy camionero. El 26 de febrero del 2010 fui a la ciudad de Los Ángeles a dejar unos materiales para una constructora. Por temas de horario no pudieron descargar hasta el otro día, así que me dispuse a dormir dentro de la cabina de mi camión, al lado de unas bodegas de adobe que ahí había. Ya casi dormido, siento que golpean mi puerta. Al asomarme veo a un señor vestido con ropa típica de hombre de campo y chupalla. Bajo el vidrio de la ventana y le pregunto si necesita algo, me pide con una voz muy baja y tranquila si yo podía mover mi camión para que él pudiera pasar con sus animales. Por supuesto que accedí, me estacioné más atrás y estuve atento a que el hombre pasara, pero no lo hizo. No le di importancia. Miré la hora: eran las 3:30 de la madrugada del 27 de febrero del año 2010. Cuando comenzó el terremoto que sacudió Chile, pude ver, horrorizado, cómo las bodegas de adobe caían sobre lo que había a su alrededor, aplastándolo todo. Siempre pienso que ese hombre fue un angelito que estuvo ahí para salvarme.

Joan

El albergue de las almas en pena

Al lado de la perrera ubicada en el Parque de Los Reyes, antes de llegar al puente Bulnes, antiguamente había un albergue para personas en situación de calle. Mi madre se hizo cargo de ese albergue en los años ochenta, y nosotros vivimos mucho tiempo en ese mismo sector, donde ocurrió un accidente terrible. En el albergue Bulnes había una pareja que tenía una hija de alrededor de catorce años con síndrome de Down. Un día la chica se puso a saltar arriba de un alcantarillado que llevaba agua servida y que estaba apenas tapado con unas tablas endebles y cartones. Estos cedieron y ella cayó al pozo. Costó mucho trabajo sacarla y cuando por fin lo lograron, lamentablemente la niña estaba fallecida. Su alma aún merodea por ahí. Han hecho psicofonías y su voz siempre se hace presente.

Katy Sanz, Curicó

Pesadillas

Cuando pequeño siempre sentía presencias a mi alrededor y tenía visiones de sucesos que iban a ocurrir. Eso me aterraba, sobre todo cuando vi un accidente que iba a sufrir mi padre (y que efectivamente sucedió). Durante el día tenía muchos *déjà-vu*, situaciones que ya había vivido antes: era todo muy extraño. Al ir creciendo, recuerdo que soñaba de manera recurrente con un ser gigante y blanco que me perseguía y yo despertaba justo cuando él me iba a atrapar. Esto se prolongó por mucho tiempo. Pero lo más terrible que experimenté, a mi parecer, fue cuando me desdoblé: veía mi cuerpo recostado en la cama y yo de pie a un costado mirándome descansar.

Eduardo Rojas

La habilidad que no quisiera tener

En el verano del año 2018, en uno de sus días libres, le propuse a mi esposo que hiciéramos humitas. Estábamos afanados cocinando cuando de la nada le suelto que su abuela ha muerto. No sé qué me pasó, pero sentía que debía decirle eso. Él por supuesto se molestó y me contestó que con esas cosas no se jugaba; y lo dejamos pasar. Al rato miro mi teléfono y tenía unos mensajes que decían que la abuelita había fallecido hacía ya una hora. Fue muy difícil comunicarle a mi esposo que mis anteriores palabras finalmente se habían cumplido. Y no sé por qué, pero yo presiento la muerte.

Anónimo

¿Quién quiere entrar?

Una tarde, a eso de las siete y media, en el taller donde trabajaba, estábamos un compañero y yo tomando té cuando golpean la puerta tres veces. Mi compañero se levantó a abrir, pero no encontró a nadie y se volvió a sentar. De repente se cayó con gran estruendo una bandeja que estaba encima de un microondas. Nos quedamos mirando asustados porque sentimos que algo estaba ahí con nosotros.

Mauricio, San Antonio

La niebla

Esto me ocurrió cerca de Salamanca, en un valle al interior de la cordillera. A mediodía, mientras almorzaba, cayó una niebla muy tenebrosa y todo se oscureció de un momento a otro; incluso los caballos que pasaban por el valle corrieron asustados. Sentí unos ruidos escalofrantes y mucho miedo. Pero así como apareció, aquella niebla se deshizo. Se mantuvo poco rato, pero se sintió como si alguien o algo quisiera jugar con el clima, y claro, por los ruidos que oí y el temor de aquellos caballos, no creo que haya sido nada bueno.

Víctor, La Granja

El cigarrillo de medianoche

Esta historia me pasó en Punta de Tralca, en 1988, en un retiro de carácter espiritual. En la habitación en que yo dormía había camarotes. Acostado en la parte de arriba escuchando música con mi personal estéreo, estaba tratando de dormir cuando de repente abro los ojos, miro hacia la ventana y veo una silueta de un hombre y una luz como de un cigarrillo encendido, y la brasa que se va consumiendo. Pensé que alguno de mis compañeros había salido a fumar, pero nadie nunca volvió a entrar a la habitación.

Álvaro, La Serena

Casa embrujada

Viví en una casa muy antigua, de más de cien años, con muchos ventanales, techo alto y pasillos eternos, en calle Licenciado Las Peñas, comuna de Ñuñoa. Cuando llegamos a vivir ahí, nos dio mucho miedo el estilo mismo de la casa, pero era lo que podíamos pagar en aquellos años. Nosotros la arreglamos, le pusimos flores y le dimos un toque más hogareño. Recuerdo que en una esquina de mi habitación había una mancha de aceite (supongo era eso), negra, que jamás pude quitar. Y cuando me paraba ahí, me zumbaban los oídos y me sentía súper rara; era una sensación desagradable. En esa misma casa, en la habitación de mi hijo había un taca-taca y en las noches, cuando yo me quedaba con él, la pelota rodaba sola. Cansada de este ruido, una noche la saqué del juego y me dispuse a dormir. Grande fue mi sorpresa al escuchar nuevamente el sonido de la pelota. Me puse de pie, miré el taca-taca y la pelota seguía ahí. Me aterró, no entendía nada. Con el terremoto del 2010, esa casa quedó inhabitable, así que tuvimos que dejarla. Una noche, nuestra antigua vecina me llama muy angustiada y me pide que por favor le dé el número de teléfono de los dueños porque quería dar aviso de que se habían metido personas adentro y estaban haciendo una fiesta muy ruidosa y no dejaban dormir a nadie. Para empeorar la situación, se sentía que estaban destrozando todo. Llegó carabineros al lugar y en la casa no había absolutamente nadie. Pero todas las noches sucedía lo mismo. Lo único que se pudo averiguar fue que en el pasado un hombre asesinó a su hija y a su esposa en esa casa; y que más

tarde una persona que limpiaba el techo había caído y muerto. Esa casa estaba realmente embrujada.

Taly

Peluches siniestros

Cuando tenía siete años, con mis padres nos fuimos a vivir a la localidad de Llay-Llay. Un día fuimos a la casa de unos tíos y todos los niños que estábamos ahí éramos de edades similares, aunque uno de los primos tenía un hermano de un año y medio. Al bebé le encantaban los peluches de los pitufos y el hermano siempre aparecía con moretones y rasguños. Una vez despertó en el patio de la casa y no sabe por qué. Decía que los peluches lo invitaban a jugar y le pegaban.

Francisco

La tía Laly

La mañana del 15 de julio de 1975, me despedí de mi amiga Pilar y salí a la calle. Era una mañana fría y con una niebla espesa. Caminando hacia mi casa, se me acerca una anciana que estaba muy desabrigada, considerando el frío que hacía, y me pregunta por Pilar. Le dije que estaba en su casa y que si quería podía acompañarla, pero me contestó que no, que iría sola y que su nombre era Laly. Me despedí de ella y seguí mi camino. En la noche volví donde mi amiga y le conté del encuentro con la anciana. Ella me abraza fuerte y me dice que poco después de que yo me fuera, había recibido una llamada telefónica con la noticia de que su tía, quien vivía en Concepción, había fallecido.

Coke, Estación Central

El cerro de los brujos

Estaba con una amiga en el cerro de Renca, de noche. De pronto oímos unos pasos que venían de más arriba; miramos, pero no vimos a nadie, entonces pensamos que era un animal. Pero a medida que pasaban los minutos, los pasos se sentían más cerca. Nos dio un poco de miedo, por lo que preferimos irnos de ahí. Mientras caminábamos comentando acerca de esos pasos, nos topamos con una pareja que nos cuenta que a ese lugar va gente a realizar brujería. Apuramos el tranco y una vez

que logramos bajar, al mirar hacia arriba la pareja ya no estaba. Cabe mencionar que ese era el único camino de bajada.

Anónimo

¿Dos abuelas?

Hace muchos años atrás, para las vacaciones de invierno fuimos a una casa en el campo. Una tarde me puse a jugar con mi notebook sentada en la cabecera de la mesa. En un momento dado mi abuela quiso ir a su habitación y yo tuve que pararme y dejarla pasar, ya que el espacio era reducido. Después me volví a sentar. Al mirar por la ventana vi que ella venía llegando. Nunca supe a quién le di permiso para pasar.

Anónimo

Fuego en la boca

Un día mi abuelo iba caminando en medio de unos guindos en Melipilla. Al mirar hacia un costado descubre a un hombre de negro que le pregunta si lo puede ayudar a cruzar (había un pequeño estero). Mi abuelo le dice que no porque le pareció extraño y vio cómo a este ser le salía fuego por la boca. Quedó tan aterrado después de esa experiencia que tuvieron que santiguarlo.

Anónimo

El hombre quieto

Fue en 1999, yo estaba en octavo básico. Un día fui a la casa de un compañero para hacer un trabajo. Mientras realizábamos unas maquetas en el comedor, la madre de mi compañero se encontraba en el patio, en donde había otra casa. Recuerdo que en un momento mi compañero me pidió que fuera a su habitación a buscar unos marcadores y un *scotch* que había dejado encima de su velador. En la pieza, me distraje viendo un póster de unos luchadores famosos pegado en una de las paredes, justo al lado de una ventana con un tipo de visillo colgando. Al girar para salir, me di cuenta de que había un hombre de pie, de unos treinta años, mirándome sin expresión alguna; solo estaba ahí, quieto. Abandoné rápidamente la habitación sin decir una palabra. Nunca hablé del tema y por algún motivo se me fue olvidando, pues pensé que se trataba de algún miembro de la familia. Dos años después, cursando ya la enseñanza media, volví a la casa de mi compañero para otro trabajo. Estaban allí la madre, el padre y una tía, quien ocupaba la casa de atrás. Yo, muy curioso, le pregunto a mi compañero si tiene algún otro familiar treintón y le describí a la persona que había visto en la visita anterior. En mitad de mi descripción, la tía me interrumpe y me dice que se trataba de su pareja, quien había fallecido un año antes de nuestro inexplicable encuentro.

Anónimo

El perro de los dientes de oro

Esta historia le ocurrió al abuelo de mi hija. Él vivía en el valle de Azapa y producía aceitunas y otros frutales. A veces, después de vender sus productos, se iba a beber unos tragos a los bares.

En una oportunidad, de regreso a su casa y entrando al valle —donde se produce un angostamiento en los cerros—, ve a un perro negro muy grande y amenazante amarrado con una cadena gruesa y dorada. Quiso pasar de todas maneras, pero su caballo se negó a seguir. Cuando por fin logró que diera unos pasos, el perro le mostró los dientes, que eran de un color amarillo oro. El caballo, del susto, botó a su jinete, quien se echó a correr a perderse.

Anónimo

Terror en el Morro de Arica

Cuando tenía aproximadamente veinticuatro años, fui con un grupo de amigos al Morro de Arica con una ouija. Nos instalamos dentro de una cueva y nos dispusimos a jugar. Uno de mis amigos puso todas nuestras linternas en una misma mochila, que dejó a la entrada de la cueva. Invocamos, recuerdo, a un soldado de la Guerra del Pacífico, pusimos una botellita de agua bendita encima de la copa de plata, que se cayó y se derramó en el tablero de ouija. Lo extraño de esto es que el agua estaba caliente. Empezamos a sentir un sonido como de gruñidos de perro, pero fuertes, como de un perro gigante. Ahí decidimos escapar. Pero este ente, o lo que fuera que hayamos invocado, nos impedía la salida. Algunos amigos se perdieron y este ser sobrenatural empezó a imitarnos, a pronunciar cada uno de nuestros nombres. Como supondrán, estábamos muy asustados y confundidos, ya que aquella voz se volvía cada vez más grave y diabólica. En la desesperación logré salir de la cueva, di con un acceso a un acantilado, bajé como pude y me fui a mi casa; y no supe más de mis amigos en ese momento. A la noche siguiente nos volvimos a juntar, por supuesto en otro lugar. Uno de mis amigos: tenía rasguños, moretones y mordiscos. Creo que como no cerramos el portal por salir corriendo, este ente nos siguió para vengarse.

Zeiya

Sabía que estaban vivos

Siempre me consideré ateo; y sigo siéndolo. Sin embargo, recuerdo que antes vivía en un departamento donde sentí permanentemente la presencia de algo o alguien más ahí conmigo;

incluso algunas visitas comentaban que veían sombras desplazarse. Yo tenía unos peluches de Bilz & Pap (la marca de bebidas) y me sentía raro cuando estaba cerca de ellos. Un día llegué de la escuela y agarré uno, lo miré fijamente y le dije en voz baja que sabía que estaban vivos. Quedé helado cuando el peluche parpadeó. Al otro día los boté y ya no volví a tener esas extrañas sensaciones.

Anónimo

Presencia maligna

Cuando era joven mi madre vivía en el campo. Una noche ella y sus diez hermanos jugaban cartas, apostando, cuando de la nada comienzan a discutir. Mi abuela desde su habitación les pregunta con quién están jugando y mi madre empieza a nombrarle a sus hermanos. La abuela llega al comedor y les dice que allí hay alguien más. Acto seguido, el fuego que calentaba una tetera se apaga y los animales afuera empiezan a hacer mucho ruido. Entonces, la abuela llevó a todos sus hijos a una habitación donde podían oír a los animales que se habían arrancado de sus corrales y corrían rodeando la casa. Claramente algo más había aparecido entre ellos y no era nada bueno.

Catalina Belén

Una joven camina sola de noche

Temuco, año 1993. En aquel entonces un tío trabajaba manejando colectivos en el turno de noche. Haciendo su ruta como de costumbre, se percató de que una mujer iba caminando sola a un costado de la calle. A mi tío le causó extrañeza, así que paró el auto, bajó el vidrio y le ofreció llevarla a algún lugar. Ella le respondió que no, que donde iba nadie podía llevarla. Mi tío avanzó con su auto alrededor de ocho cuadras y al devolverse por la misma avenida, la misteriosa joven había recorrido cerca de seis en menos de tres minutos. Luego, al mirar por el espejo retrovisor, había desaparecido.

Anónimo

Amén

Mi madre nos contaba que su familia era muy humilde. En una ocasión en que les cortaron el suministro de agua, tuvieron que ir con baldes a pedir a una fábrica, que se llamaba Textil Victoria, si podían darles un poco. En una de las idas, ella y su hermana se acercaron a una virgen que había ahí. Mientras le rezaban, la virgen pestañeó. Las dos niñas no podían creer lo que habían visto y quedaron traumatizadas por esa experiencia. Años después se supo de otros casos y recién ahí creyeron los relatos de mi madre.

Basilio, Puente Alto

Sucesos extraños en mi casa

Un 13 de julio, alrededor de las tres de la mañana, me puse a ver videos graciosos en vista de que no tenía sueño. Estaba muy tranquila hasta que un ruido fuerte como de algo estrellándose en el suelo hizo que me sacara los audífonos: era una botella que yo tenía encima de un mueble; la recogí, la puse en su lugar y volví a la cama. Pero la botella se volvió a caer, solo que esta vez pude ver el movimiento y no fue algo normal, más bien pareció como si algo o alguien la arrojara. Por segunda vez la puse sobre el mueble y me volví a acostar. La siguiente noche, a eso de las cuatro de la mañana, en la cocina y logia divisé una especie de nube blanca, que desapareció rápidamente. No le di mucha importancia. Abrí el refrigerador, saqué algo y al cerrarlo, por el reflejo de las puertas espejadas percibí a alguien en la logia. Sabía que no era mi imaginación. Nos sostuvimos la mirada alrededor de cinco segundos. Era un hombre moreno, de ojos rojos y vestía ropa blanca. No me asusté, estoy acostumbrada porque en mi casa siempre han pasado cosas y he aprendido que lo mejor es mantener la calma.

Francisca

El maestro de cocina

Hace un par de años ingresé a trabajar a un conocido casino. Mi jefe me mandó a cambiarme de ropa al subterráneo donde se ubicaban las dependencias del personal. Allí, con la primera persona con que me encuentro es el maestro de cocina. Nos miramos y tuve una mala corazonada, pero no le presté mucha atención y lo olvidé. Al otro día al llegar a mi trabajo vi gente llorando: el maestro de cocina había fallecido la noche anterior. Al poco tiempo renuncié a ese trabajo, ya que lo seguía viendo en todos lados.

María, Recoleta

Seis esferas

Cuando mi madre era pequeña vivía con mi abuela en la localidad de Perquenco, región de La Araucanía. Una noche iban de vuelta a su casa luego de haber estado con unos familiares. Caminaban solas, alumbradas por la luz de la luna. Para acortar camino decidieron cruzar unos potreros desde donde pudieron ver, a lo lejos, una llamarada gigante que cubría su casa. Cuando mi abuela le indica a mi madre que la casa se está quemando y se disponen a correr, seis esferas luminosas las rodean impidiéndoles avanzar, pues se movían y saltaban como niños jugando. Mi abuela se puso a rezar hasta que las luces se desvanecieron. Cuando por fin lograron llegar, ya no había llamarada y la casa lucía intacta.

Anónimo

La silueta en la madrugada

Una vez fui con un amigo a una tocata de música heavy metal en Temuco. El evento terminó alrededor de las tres y media de la madrugada y de regreso, al pasar por fuera de un cementerio, sentimos unos escalofríos y una sensación extraña, pero seguimos caminando. Al llegar a mi casa, mis padres no estaban, pero escuché bulla en el patio y alcancé a divisar una silueta. Entonces mandé a mi perro a ver qué estaba pasando, sin embargo se perdió en la oscuridad. Al

entrar de vuelta a la casa, me mordió una pierna y lo castigué dejándolo amarrado. Luego me fui a acostar, pero no me tapé la pierna, ya que me dolía. Había transcurrido cerca de media hora cuando de pronto vuelvo a ver la silueta del patio y siento que me acaricia la mordedura. Del pánico que tuve me desmayé y no supe más de mí hasta el otro día. Al comentarle este episodio a mi amigo, me señaló que esa noche también él había visto una silueta en el patio de su casa al volver del concierto.

Anónimo

De turno en el hospital

Trabajé como técnica paramédica en un hospital de Temuco. Una noche, cerca de las tres de la madrugada, en la unidad de pediatría una niña entró en paro. Llamamos a la doctora de turno, quien al llegar nos contó que venía corriendo a la sala cuando sintió que alguien corría junto a ella. Nos comentó que se había sacado los suecos porque pensó que estos eran los que generaban una especie de eco de sus pisadas. Atendimos a la pequeña y luego yo me fui a ver a los otros niños, pues uno de ellos estaba bastante grave también. Mi sorpresa fue grande al advertir que este niño ya había sido controlado, se mantenía estable y sus signos vitales estaban anotados. Pregunté a mis compañeras quién lo había controlado, pero no fue ninguna; además, la tinta del lápiz con que se había realizado la anotación era de color negro, pese a que todas usábamos pasta azul. Volví a examinar al niño y sus signos vitales coincidían con los del último informe. Lo extraño también del caso era que solo ese niño en particular había sido controlado. Nunca supimos quién estuvo con él.

Teresa, Temuco

Quiso llevarme

Cuando tenía dieciséis años, vivía con mi madre en un departamento ubicado en calle Brasil con San Pablo. A mí siempre me gustó el ocultismo y los libros de brujería. A mi padre, que viajaba mucho, le pedía que me trajera este tipo de regalos. Una noche, llegando de compartir con unos

amigos, me acosté y dejé la puerta de mi habitación entreabierta. Me disponía a dormir (boca abajo y con mis brazos bajo la almohada), pero siento que algo me agarra de los hombros y empieza a levantarme. No podía reaccionar del miedo, y cuando logré abrir los ojos para tratar de entender lo que me estaba pasando, me sueltan y caigo sobre la cama. Lo anterior no pudo ser un sueño, puesto que yo estaba totalmente despierta. Recuerdo que corrí a la habitación de mi madre y me metí a su cama, aterrada. Después de esta experiencia boté los libros de ocultismo, una ouija y todas las cosas relacionadas que me gustaba coleccionar.

Liz

Las sombras son almas

Recuerdo que cuando íbamos a visitar a mi abuela, ya fallecida, las sensaciones eran terribles. Ella vivía cerca de la calle San Luis, en el cité 1512. Su casa era antigua y de adobe. El baño quedaba al final del pasillo que cruzaba un pequeño patio donde siempre se divisaban sombras. De noche también se sentían pasos en las habitaciones: era terrorífico. Resulta que la casa colindaba con un conventillo en donde en el pasado funcionaban prostíbulos y alguna vez se produjeron muertes por peleas. Seguro que más de un cuerpo fue enterrado en el patio, y las sombras que se manifestaban eran muy probablemente sus almas.

Daniel Cofré, Lo Barnechea

Con mi familia no

Cuando pequeño mi madre me contaba historias con sus amigas. Con el pasar de los años me enteré de que sus juntas eran aquelarres. En los años ochenta, una mujer, que mi madre conocía, estuvo maldiciendo a nuestra familia. En una de sus acostumbradas reuniones, entre todas tomaron la decisión de atraparla. Para ello, mi madre comenzó a hacerse amiga de esta tipa, hizo los preparativos y la invitó a tomar desayuno a nuestra casa. Básicamente el hechizo consistía en que una vez sentada, la mujer no podría ponerse de pie ni menos irse hasta que la hechicera se lo permitiera. Mi madre la retuvo hasta las diez de la noche en el living. Cuando le preguntó si se

quería ir, la mujer le respondió que sí. Entonces, mi madre le lanzó algunas palabrotas y también le advirtió que ya sabía que ella estaba maldiciendo a su familia. Nunca más volvió a aparecer.

Cristián

El hombre del sombrero

Una mañana, al despertar, vi en una esquina de mi habitación a un hombre con traje azul marino, corbata y sombrero de copa. El hombre se fue acercando de a poco y cuando por fin llegó a mi lado, quería quitarme a mi bebé. Me puse a llorar tan fuerte que desapareció. De inmediato llamé a mi esposo y le expliqué lo sucedido. Él me tranquilizó diciéndome que quizás había sido una pesadilla, pero yo estaba completamente despierta en ese momento. Al otro día fuimos a casa de mi suegra, y con mucha pena le conté acerca del episodio de la víspera. Ella comenzó a mostrarme fotos antiguas. En una reconocí a la persona que se me había aparecido: resultó ser el papá de mi suegro, por supuesto fallecido hacía muchos años.

Bernarda Núñez

¡Váyanse!

Trabajo como guardia de seguridad en un departamento del Ministerio de Ciencias. En ese edificio siempre ha habido una presencia, jamás he sentido que esté realmente solo haciendo mi trabajo. Una noche, subiendo una escalera, percibí que alguien estaba a mi lado, una carga, por así decirlo. Lo dejé pasar ya que sabía de qué se trataba. De regreso por la misma escalera, alguien me dice al oído «¡Váyanse!».

Anónimo

Malas vibras

En mi casa siempre sucedieron eventos paranormales atribuibles al mal que varias personas nos hicieron. De madrugada, en la cocina se abrían las puertas de los muebles y caían ollas al suelo y también en el baño se abrían las llaves de agua. Asimismo, vimos paños rojos manchados con aceite amarrados en la reja de entrada de la casa. Recuerdo una vez que nos lanzaron al antejardín una bolsa negra con una viscosidad rara y con huesos adentro; y aunque no la abrimos, los huesos se podían ver. Otra vez, saliendo a comprar al negocio de la esquina, vi a un perro afuera de la reja de entrada ladrando ferozmente a la casa. Era un animal grande tipo galgo, pero muy corpulento. Me dio temor así que le pedí a mi padre que me ayudara a salir. Cuando abrimos la puerta, el perro logró escabullirse y entrar. Ahí nos dimos cuenta de que sus ladridos y furia eran con la casa, no con nosotros, no con las personas. Se pegaba cabezazos contra la puerta principal y estaba muy descontrolado. Mi papá, con una fuerza tremenda, logró sacarlo, pero el perro permaneció durante horas afuera, mirando fijamente nuestro hogar. Todo esto paró cuando nos encontramos con un ser de luz maravilloso que nos ayudó a limpiar la casa y a protegerla. Nos dijo, sí, que había gente que tenía envidia de nuestro núcleo familiar y por eso nos tiraba malas vibras.

Camila



Actividad paranormal en la facultad

Fui a la universidad a entregar mi tesis y llegué muy temprano. El guardia me dijo que entrara si es que no me daba miedo, ya que aún estaba oscuro (no eran ni las siete de la mañana). Llegando al sector de agronomía las luces empezaron a parpadear y vi a un individuo revisando unos tubos de cemento que estaban en el piso. Cuando pasé por su lado, lo saludé, él me miró con extrañeza pero me devolvió el saludo. Justo en ese momento sentí que se me taparon los oídos. Me senté a esperar a que llegara la secretaria del segundo piso para entregarle mi tesis. El hombre pasó varias veces y cada vez me miraba, cosa que me producía una sensación de estar acompañada, ya que no había nadie más. A las siete y media subió el guardia y me invitó un café. Le comenté que había alguien más, el señor de los tubos, pero el guardia se mostró sorprendido de que algún otro funcionario de la universidad hubiese llegado al campus sin que él lo viera. Fuimos a revisar las cámaras. Nos dimos cuenta de que siempre estuve sola: el hombre que me encontré al llegar jamás existió.

En esta casa hay alguien más

Arrendé una casa con quien era mi pareja en ese entonces y mi bebé de dos años, justo al frente de mis suegros. La abuela de mi hija siempre me comentaba que veía sombras desplazarse por toda la casa y yo le decía que no era nada, que dejara de sugestionarse. Pero a mi hija, por algún motivo, le costaba mucho dormir, sin embargo cuando estábamos donde mis suegros, lo hacía con absoluta placidez. En una oportunidad, en mi habitación, me llaman por mi nombre con una voz muy clara. Pensé que era mi pareja, pero no fue así. Otra vez, echado en la cama boca abajo, con los dos brazos a los costados y palmas mirando hacia arriba y a mi lado mi hija viendo monitos, siento que cinco uñas largas me rasguñan ambas palmas. Tuve muchísimo miedo y hasta se me cayeron unas lágrimas. Cuando me vi las manos, las tenía rojas y calientes.

Marcelo

El internado

Cursaba tercero medio internado en un colegio de monjas en un pueblo a cuarenta kilómetros de Puerto Montt. Este internado, que colindaba con el cementerio, no tenía más de cinco años de construido, y al lado se ubicaba el internado antiguo, convertido en un jardín infantil. Allí se había suicidado un hombre y por este motivo las monjas tuvieron que bendecir el lugar, pues su alma vagaba por todo el sector. Unas compañeras aseguraban haber visto a un ser sin cabeza en el tercer piso, y así muchas historias más. Hubo un tiempo en que yo me despertaba a eso de las tres de la madrugada con el sonido de los carritos de la limpieza, como si estuvieran haciendo carreras por los pasillos. Una noche, durmiendo tapado hasta arriba, noté que alguien me miraba, porque veía una luz como de una linterna. Supuse que sería el inspector, ya que a veces pasaba por los dormitorios chequeando que todo estuviera en orden. Al mirar de reojo, descubrí a un ser con la cara alargada, pero sin ninguna expresión, que me miraba fijamente. Me puse a rezar cerca de media hora. Cuando me atreví a mirar de nuevo, aquel ser seguía observándome, pero al ratito

se fue. Pasé una pésima noche: del miedo que tenía no pude cerrar los ojos hasta casi el amanecer.

Marcos

Gritos en el vagón

Iba en el metro, específicamente en estación Parque O'Higgins, y el vagón estaba lleno, era horario punta. De la nada escucho que alguien me está gritando. Desde luego yo me asusté. Recuerdo que era temprano y lo asocié al sueño de las mañanas. Vuelven a gritar y miro a mi alrededor para saber si alguien más está escuchando lo que yo, pero todos iban en su propio mundo. Me percaté de que la voz se expresaba en un idioma extraño y con mucha rabia; me gritaba como insultándome. Veo a este ente que era alto, negro y al parecer solamente yo lo podía ver, ya que nadie se inmutaba. Cuando estaba por llegar a la estación Los Héroes, pensé que quizás quería comunicarme algo, pero ya me había intimidado lo suficiente, así que lo confronté. Le grité que se alejara de mí, que no le entendía su idioma y que se fuera. Al abrirse la puerta, salí lo más rápido que pude y sin mirar atrás. Me dio lo mismo que la gente pensara que estaba loca, pero al menos me deshice de ese extraño ser que por suerte no volví a ver nunca más.

Natalia, Santiago

El tío

En el año 2010 mi hermano falleció. En ese momento yo tenía un hijo de cuatro años al que siempre dejaba viendo televisión después de bañarlo. Él tenía la costumbre de llamarme cuando estaba ahí, sentadito, pero por lo general eran cosas sin importancia, así que muchas veces, si estaba muy ocupada, no acudía a su llamado. Una tarde —habían transcurrido recién dos semanas desde la triste muerte de mi hermano— mi niño me llamó tanto que terminé yendo a ver qué quería. Me dice que mi hermano (su tío) estaba parado en la puerta y después se había ido a sentar sobre la cama. Yo quedé en blanco por unos segundos, luego le pregunté dónde estaba su

tío, a lo que me contestó que no sabía de qué le estaba hablando, y se puso tranquilamente a jugar. Hasta el día de hoy no recuerda haberme dicho eso.

Anónimo

Parecía brillar

Una vez con dos amigos fuimos al sector de Piedras Negras en Rupanco, a la casa de mis padres a pasar unos días de verano. Una noche quisimos ir al cerro Cordillera que quedaba atrás de mi casa. Eran alrededor de las once y había una gran luna llena. Subimos como cuatrocientos metros hasta la parte donde hay un bosque. Justo ahí un tío estaba construyendo su casa. Casi llegando, se cruza en nuestro camino un ser diminuto, como de cincuenta centímetros, que parecía brillar. Los tres lo vimos. Salimos corriendo cerro abajo porque fue una experiencia inexplicable y aterradora al mismo tiempo. Estando ya adentro de la casa de mis padres, las botellas de vidrio con velas arriba —en aquellos años se usaban como candelabros porque no había electricidad— comenzaron a caer y a rodar por la cocina como si alguien las impulsara. Al día siguiente, mi padre nos comenta que sintió que alguien o algo le aplastaba las piernas mientras estaba acostado. Quizás lo que vimos haya sido un duende que volvía de «visitar» la casa.

Anónimo

Rabioso

Una vez cuando pequeño iba caminando por el campo de la mano de mi abuela. Era un día bastante caluroso. De pronto, de en medio de los árboles, sale un perro negro muy furioso que me mira con odio. Me dio mucho miedo y me puse a llorar. El perro se me acercaba como para mordirme. Le pedí a mi abuela que me tomara en brazos porque de verdad sentía mucho susto, aunque ella me trataba de explicar que no había nada. Luego de unos segundos de angustia, me dice que lo insulte, que le diga malas palabras y que así se iba a ir. Dicho y hecho: lo insulté y el perro se fue por donde había venido. Esta historia me la contó mi abuela; yo conservo vagos recuerdos del hecho.

En la oscuridad

Hace doce años mi madre falleció. A raíz de este suceso yo entré en una depresión y estaba en un lugar muy oscuro de mi mente y alma. Un día iba con mi esposa en un colectivo. Casi al llegar al paradero 16 de Vicuña Mackenna había un accidente. Le comento a mi mujer que ha muerto alguien, un joven. Ella me mira extrañada preguntándome que por qué digo eso. Luego supimos que efectivamente había fallecido un joven en ese lugar. Fui a ver a un psicólogo que me decía que todo era producto de mi depresión, pero yo estaba sintiendo y viendo cosas que nunca antes. Recuerdo que días después del episodio del colectivo, estaba parado en una esquina y vi a una persona que me miraba mucho. Le señalo esto a mi mujer y ella me dice que ahí no hay nadie. Yo me asustaba mucho con estas situaciones y lloraba porque me sentía confundido. Empecé a ver personas en la calle que fijaban intensamente su vista en mí. A esas alturas ya sabía que esas personas estaban fallecidas y solo yo las veía. También en mi trabajo me pasó que pude ver familiares de tres compañeros. Sin conocerlos, se me aparecían y luego me enteraba de que estaban muertos. Supongo que en ese periodo oscuro de mi vida me conecté con alguna facultad extrasensorial.

Sergio

¡Deja a mi hijo en paz!

Cuando mi hijo tenía apenas unos meses de vida, pude notar que veía cosas que yo no. Muchas veces lo vi reírse con esa risa espontánea de quien presencia algo gracioso. Cuando cumplió un año, balbuceaba y se reía con algo que yo no podía percibir, pero en las noches despertaba gritando y llorando. Esto me provocaba mucha angustia porque no entendía qué le pasaba. Sus pesadillas fueron en aumento y me costaba despertarlo para sacarlo de ese estado. Él luchaba, gritaba y lloraba en sus sueños, y yo finalmente lograba calmarlo cantándole una canción de cuna, aunque igual me sentía inútil por no poder ayudarlo más. Una noche me armé de valor y en plena pesadilla de mi hijo le hablé al ente que le estaba haciendo daño. Le dije que no sabía lo

que era, pero que si se enfrentaba conmigo iba a perder, puesto que yo haría hasta lo imposible por ver a mi hijo feliz. Nunca había hecho algo así, hablarle a alguien que no podía ver. Sin embargo, gracias a este enfrentamiento, por llamarlo de algún modo, las pesadillas de mi hijo cesaron.

Anónimo

La extraña paciente

A medianoche me encontraba haciendo mi última ronda en el hospital por la parte más antigua del recinto, que tenía piso de madera y estaba bastante descuidada. Veo a una mujer de pie mirando hacia afuera por una ventana. Usaba un camisón color rosa y tenía el pelo largo, y se mantenía parada justo donde el suelo estaba carcomido por termitas, un lugar al que era difícil de acceder, sobre todo para un hospitalizado. Me acerqué un poco a ella y al girarse pude ver su cara demacrada y un tanto rara también. Sentí mucho miedo, pero le di las buenas noches y ella también me las dio a mí. Caminé rápido para alejarme porque sentí que había algo anómalo en todo esto. No pasaron ni tres segundos cuando me doy vuelta para ver, y ella ya no estaba.

Anónimo

La casa

Soy abogado y atiendo en el sector poniente de la capital. Por mi trabajo entrevisto a muchas personas y a algunas las visito en su domicilio. Hace aproximadamente tres años, fui a ver a una pareja de la comuna de Cerro Navia. Llegué muy temprano en la mañana y me hicieron pasar a la casa. Al entrar tuve de inmediato una desagradable sensación. Había un pasillo largo que se oscureció apenas cerraron la puerta de la calle. En el comedor, una tosca escalera de madera daba al segundo piso y estaba todo muy descuidado. Luego de tratar con la pareja el tema legal que los afectaba, empezamos a hablar del entorno. Ellos me comentaron que habían llegado a arrendar esa casa después de que estuvo sin habitantes durante muchos años. Hubo una época en que sintieron una presencia que subía y bajaba por la escalera y ruidos sin sentido en el baño.

Además, se dieron cuenta de que los vecinos no los saludaban y algunos incluso preferían caminar por la vereda del frente antes que pasar por fuera de la casa. Finalmente, uno de los vecinos se les acercó y les explicó que la familia dueña de la casa había vivido por largos años ahí hasta que el matrimonio se separó y uno de los hijos, no pudiendo superar la situación, se había ahorcado en el segundo piso.

Anónimo

En el cementerio

Cuando tenía alrededor de dieciséis años, después de compartir con unos amigos, todos nos íbamos al cementerio municipal de Coquimbo, siempre tipo cuatro de la madrugada. La última vez todos nos trajimos algo del cementerio. Yo recuerdo haber sacado la cabeza de una estatua de color negro, posiblemente porque alguien le prendió fuego, y además me llevé un marco de foto que estaba botado en la tierra. Pasaron unas semanas y empecé a sentir una extraña sensación en mi pieza. Yo siempre me he dormido tarde, por lo tanto no fue raro que una noche me acostara de madrugada. Pero lo inusual fue que me sentí observado. Entonces miré para ver si había entrado alguien a mi habitación y lo que vi fue una silueta oscura, de un hombre adulto, de pie, que me observaba. Prendí la luz y como no había nadie, la volví a apagar. Un par de noches después me fui a la cama temprano, ya que debía madrugar. En mitad de la noche, supongo que alrededor de las tres o cuatro de la madrugada, despierto sin poder moverme. Inmóvil y muerto de miedo, lo único que podía hacer era mirar el techo, donde unas sombras pasaban rápidamente. No sé cuánto rato transcurrió, incluso sentí que alguien rezaba. Por supuesto que esta experiencia me dejó aterrado, y apenas me pude volver a mover prendí la luz y la dejé encendida toda la noche.

Francisco Guerrero

Lo que hayan dejado aquí, llévenselo

Mi casa es de segundo piso y de esquina y uno de sus muros exteriores da a una de estas plazas

pequeñas que hay en las villas. Por la ventana de mi dormitorio veo todo lo que pasa ahí. Una noche de San Juan, recuerdo que escuché bulla, me asomé y había unos adolescentes haciendo una especie de ritual. A mí no me importó y me puse a ver una película. La noche siguiente me sentía extraña, como observada, y no sé por qué, pero corrí la cortina y me asomé por la ventana. Casi me morí del susto al ver en el patio de la plaza, que por lo demás en ese momento estaba solitaria, a un hombre alto, de espaldas y todo vestido de negro. Cerré la cortina rápidamente porque me dio mucho miedo. Pasaron un par de segundos y volví a mirar, pero esa persona ya no estaba. Lo curioso es que de haber caminado, de todas maneras yo lo hubiera podido seguir con la mirada. Nunca supe realmente qué fue lo que vi.

Paula, Peñalolén

La camioneta fantasma

Cuando era pequeño, recuerdo que mi padre compró una camioneta a la que, en las noches, le encendían el motor. Cuando esto ocurría, mi padre nos llevaba al living y por la ventana nos hacía mirar cómo aquella camioneta estaba encendida, pero las llaves colgadas dentro de la casa.

Anónimo

El anciano no se quería ir

Trabajo en un hogar de ancianos en Noruega, en donde tuvo lugar una extraña experiencia en el turno de noche. Resulta que uno de los abuelos, desde hacía un buen tiempo enfermo, había estado pidiendo muchos medicamentos, específicamente morfina. Con el botón rojo, llamaba a las enfermeras para que le suministraran este medicamento. El anciano falleció una noche y al otro día se llevarían su cuerpo. Lo anómalo y, más que eso, aterrador fue que toda la noche sonó el timbre que él usaba para llamar a las enfermeras. Al parecer quería seguir a toda costa en el hogar.

Paola

El apagón

Cuando tenía siete años y mi hermano menor días de nacido, vivíamos en la comuna de Lo Espejo, detrás del Cementerio Metropolitano. Una vez mi madre estaba en la habitación haciéndolo dormir y a mí me dieron ganas de ir al baño. Al entrar me di cuenta de que la ampolleta se había quemado, entonces dejé la puerta abierta para que entrara la luz del living. Estaba orinando cuando de pronto veo una silueta de un hombre mayor, que por unos pocos segundos apagó todas las luces. Quedé paralizado. No podía moverme, no podía gritar y eso, para un niño, es la situación más aterradora que puede experimentar. Ahora de adulto cuando lo recuerdo, todavía se me eriza la piel.

Anónimo

En el colegio

En el colegio donde yo estudiaba un día llegó el rumor de que, en una sala del segundo piso, comenzaron a producirse sucesos extraños, ruidos desde los baños, ruidos como de peleas y cosas así. Unas compañeras de mi hermana comentaron que vieron una cabeza humana como flotando en medio de un remolino. Cuando los chicos daban aviso de estos hechos y llegaban los profesores, todo se había calmado ya. Cada día se escuchaba ese tipo de ruidos: en el anfiteatro, en el patio, en todos lados. Hasta que llegó un cura a bendecir el colegio. Recuerdo que se hicieron misas para que esta actividad paranormal cesara.

Juan, Los Ángeles

Hay que dejarlos ir

Mi marido falleció hace cinco años en un accidente. Yo quedé muy mal, no podía superarlo. En

un momento de desesperación fui con una especie de médium porque quería saber cómo estaba él. Recuerdo que pasaron unos minutos muy largos sin resultado hasta que de pronto la médium me dice que escucha la palabra muñeca (yo de niña tenía una muñeca que conservo hasta el día de hoy. Con mi marido bromeábamos a veces con ella). A mí me dio miedo y quise retirarme. Esa noche soñé con él; me decía que botara la muñeca porque algo malo se había apoderado de ella y querían confundirme. Recuerdo haber despertado con un amargo sabor de boca, realmente angustiada y mal. La muñeca, que yo tenía casi como un trofeo encima de un mueble, no estaba ahí, sino botada al lado de mi velador. Le conté todo a mi hija, la bendicimos, pero finalmente me deshice de ella. Había pasado un año de la muerte de mi marido y me sentía muy sola, por lo tanto me fui a vivir con mi hija y mis nietos. A nuestros muertos hay que dejarlos ir; si nos aferramos a ellos, el mal puede acecharnos y confundirnos. Así como existe el bien, también existe el mal.

Marta

Debajo de la cama

Esto me pasó cuando tenía cinco años. Yo estaba acostado pintando y jugando en mi casa de la comuna de Renca. Serían como las diez de la mañana. Mi mamá me avisa que irá a comprar al negocio del lado muy rapidito para no dejarme tanto tiempo solo. Cuando niño era un poco miedoso (no es que ahora sea muy valiente), pero al verme solo, solía hablar conmigo mismo o cantaba canciones que aprendía en el kínder. En esa ocasión me dije: «Voy a ver monitos». Me enderecé, encendí el televisor y agregué: «En el canal 5». Desde debajo de la cama (al menos sentí como que de ahí salió), una vocecita de niño, casi como de guagua, repitió exactamente lo que yo dije: «¡Sí, en el canal cinco!». Me dio una cosa en la guata, y aun así lo volví a decir: «Canal cinco»; y la voz pronunció lo mismo. Parándome de la cama, listo para arrancar, dije: «¿Cinco?», y volvió a ocurrir, pero esta vez en tono de burla. Arranqué lo más rápido que pude, salí al patio y me senté afuera a esperar a mi mamá. A los pocos minutos llegó y me preguntó que qué había pasado. Le conté, pero no me creyó mucho.

Francisco, Renca

Visitas indeseables

Cuando viví en Punta Arenas, todos los días se sentía que alguien subía del segundo piso al tercero, pero nunca bajaba. Tampoco le gustaba cuando llegaban visitas a alojar: entraba a la habitación donde dormían y se les sentaba a los pies de la cama haciendo que sintieran un gran frío en la espalda. Además, cuando me retaban a mí o a mi hermano mayor —en esa época éramos niños—, botaba cualquier cosa en la casa para llamar la atención y que los adultos fueran a ver.

Anónimo

Duendecillos traviesos

Esto le sucedió a mi padre en el 2004. Estaba durmiendo y despertó muy asustado, pues sintió que a los pies de su cama saltaban. Desesperado, se levantó a encender la luz y se dio cuenta de que había siete pequeños seres, como una especie de monitos que saltaban y que se metieron debajo de la cama para luego desaparecer. Además, todos sus zapatos estaban fuera de sus cajas ordenados en fila y el vaso de agua del velador dentro de uno de ellos. Creo que eran duendecillos traviesos.

Mabel

La niña del cementerio

Trabajé en una hostería en Tongoy allá por el año 1991. Ahí pasaban muchas cosas raras: los pasajeros siempre hablaban de que veían a una niñita de más o menos cuatro años por los jardines de la hostería a muy altas horas de la madrugada. El personal iba a revisar cuando avisaban, pero nunca veían a nadie. Esto sucedió con diferentes pasajeros año tras año. También al personal le ocurría que le apagaban las luces, cerraban las puertas e incluso los tocaban, pero nunca descubrieron a nadie. Tiempo después supimos que la hostería había sido construida sobre un cementerio indígena.

Yasna, La Serena

El hombre de manos frías

En una oportunidad, mi madre viajó muy temprano desde Valdivia a Temuco. Al subir al bus se sentó al lado de un extraño hombre vestido de manera antigua, de piel muy blanca y con un particular perfume. Conversaron durante todo el camino y él dijo trabajar en una empresa y tener dos hijos. Al llegar a su destino, mi mamá se despide de él dándole la mano. Al estrecharla, la sintió muy helada. Una vez fuera del bus y al mirar hacia el asiento, el hombre ya no estaba.

Rodrigo, Temuco

Camila

Cuando estaba en cuarto medio, el año 2016, una compañera de curso se suicidó por motivos amorosos. Como buen fan de lo paranormal, dos días después del entierro convencí a mis amigos de jugar a la ouija en mi casa para contactar a nuestra compañera. Éramos cinco los reunidos. Les expliqué cómo jugar y comenzamos. Pasaron minutos y nada. Todos nos mirábamos nerviosos y expectantes, hasta que un amigo, esperando una respuesta rápida, gritó: «¡Camila, preséntate!». Acto seguido, sentimos un golpe tan fuerte en el ventanal que pensé que se había quebrado. En ese momento, algunos se acercaron y vieron en el vidrio la marca de una mano pequeña, como la de nuestra compañera. A partir de ese momento, cada uno de los que participamos sentía cómo le golpeaban las ventanas de su casa día tras día. Entonces, decidimos ir a la tumba de Camila a colocarle flores, luego de lo cual nunca más fuimos molestados.

Martín

El ventrílocuo

Una noche estábamos carreteando en el dormitorio con mi señora, recién mudados a nuestra actual casa. Son viviendas pareadas, de material sólido y con muros muy gruesos. Al día siguiente me sentí un poco enfermo, así que me quedé en cama y mi señora se fue a trabajar. Luego de un rato oí el timbre de la casa. Al abrir me encontré con un señor mayor que llevaba puesta una bata de hospital y sandalias. Me dijo que la noche anterior habíamos estado fumando, que él vivía al lado y que a través de la pared se le pasaba el humo. Me contó que estaba muy enfermo, que tenía cáncer y que el humo le hacía mal, sumado a que su familia se preocupaba, así que me pidió que por favor no fumáramos más. Le contesté que las paredes eran de concreto y que no era posible que el humo penetrara a través de ellas. A lo anterior replicó que él había tenido mucha experiencia trabajando en la vida nocturna y conocía bien los vicios asociados a esta, e insistió en que por favor dejáramos de fumar. Finalmente me despedí de él porque me sentía mal y quería volver a acostarme. No le tomé mayor asunto al tema, pero más tarde descubrí que la casa vecina estaba totalmente vacía. Les pregunté a mis papás qué sabían sobre esa casa. Me dijeron que llevaba más de un año desocupada y que antes vivía un viejo que era ventríloquo de la televisión y había fallecido de cáncer.

Anónimo, Ñuñoa

Amenaza invisible

Mi familia sufrió por años eventos paranormales, en particular mi hermana mayor con la que nos llevamos por cuatro años y compartimos pieza durante toda nuestra niñez. Algunas noches, mi hermana me despertaba gritando desesperada porque alguien la atacaba de diversas formas. Yo nunca pude observar lo que ella veía, pero siempre era algo muy agresivo: la arañaban, le tiraban el pelo y le susurraban al oído. Mi familia trató de sobrellevar este trance confiando en Dios y apegándose a la religión. Por mi parte, también tuve visitas nocturnas, pero nunca me causaron daño ni me tocaron, solo se sentaban en mi cama y luego se iban. Al igual que como me pasaba con mi hermana, ella tampoco podía ver quién se sentaba en mi cama.

El episodio más fuerte que tuvimos que enfrentar como familia sucedió hace algunos años. Ya no compartíamos la pieza, pero desperté al escuchar los gritos de horror de mi hermana. Corrí a ayudarla y vi cómo era arrastrada con los pies elevados. Mi papá venía detrás, entró a la habitación y se cerró la puerta. Solo podía escucharlo orando. Más tarde mi hermana nos explicó que había despertado en el piso sintiendo muchos brazos atacándola y voces que le hablaban en

diferentes lenguas. Desde entonces empezó a servir a tiempo completo a Dios. Gracias a eso puede vivir tranquila hasta el día de hoy.

Anónimo

Sola en la Recoleta Franciscana

Alrededor del año 2012, fui con un grupo de la iglesia a la Recoleta Franciscana donde está Fray Andresito. Todos los del grupo hicimos oración y luego un recorrido por el templo. Yo me puse de pie frente a la imagen del Cristo del Buen Fin que se ubica a la izquierda de la entrada. Es una imagen dramática y dolorosa de la crucifixión. En ese instante, se me acerca un hombre no muy alto, algo moreno, rellenito y de camisa blanca. Él, notando que yo observaba mucho los pies del Cristo, que son muy realistas en su aspecto ensangrentado, me dice: «¿Sabe? En el terremoto del año 85, este Cristo se cayó y se le quebraron sus dedos». Efectivamente, a la imagen le faltaban dedos del pie. Y luego continúa: «En esos tiempos la gente decía que de verdad le salía sangre». Justo en ese momento mis compañeros me llaman y yo me doy vuelta de inmediato para comentarles lo que acabo de escuchar. «Miren, el señor me cuenta que...». No alcanzo a terminar la frase cuando uno de mis amigos me interrumpe. «¿Qué señor? ¿Quién?». «El que estaba hablando conmigo, estaba aquí». «Estábamos detrás de ti y nunca hubo nadie al lado tuyo», me responden mis compañeros. Yo, incrédula, los reté argumentando que estábamos en una iglesia y que no era el lugar para ese tipo de juegos. Sin embargo, todos estaban muy serios y me mostraron una fotografía tomada por el celular de uno de ellos. En la imagen se aprecia el Cristo y yo parada al frente mirando hacia el lado, pero... absolutamente sola.

María Alejandra Bello

Pasos

Cuando vivíamos en Santiago centro, en una casona en la que siempre pasaban cosas extrañas, mi hermana y yo nos quedamos una noche conversando hasta muy tarde. De improvisto se escucharon pasos que subieron por las escaleras y se detuvieron frente a nuestro dormitorio;

luego la puerta se abrió y una presencia invisible ingresó. Mirábamos y no se veía nada, pero sentimos que se sentaron en el sillón. Aterrada, le pedí a mi hermana que me cambiara de lugar en la cama. Justo en ese momento, nos golpearon muy fuerte el velador y terminamos quedándonos dormidas de puro miedo.

Verónica, Santiago

Los duendes de mi hermano

Recuerdo que hacia 1945 —yo tenía once años— era muy habitual que los duendes persiguieran a mi hermano Carmelo, de doce. Hacían esto siempre entremedio de los maizales. Cada vez que estaba allí o en la acequia, llegaba a la casa corriendo, llorando, con mucho miedo. Como dije, era algo habitual y con lo que Carmelo tuvo que convivir por mucho tiempo.

Anónimo, San Vicente de Tagua Tagua

El don de mi hijo

Cuando mi hijo era un bebé de meses, pude darme cuenta de que veía cosas que yo no. Cuando ya empezó a hablar, la situación se volvió escalofriante: a los tres años conversaba con «alguien» que en más de una oportunidad me señaló, saludaba a la pared y cosas por el estilo. Yo nunca vi nada, a pesar de que siempre sentí una presencia en la casa. Más adelante, caminando por la calle con él, he llegado a ver bultos negros que, de manera inconsciente, esquivo, pero que mi hijo ve con toda claridad y sobre los que me ha preguntado más de una vez qué son. En general le explico que se trata de algo malo y que por eso hay que hacerles el quite.

En una ocasión, fuimos a estacionar el auto al patio de una casa muy antigua ubicada en el sector de Bascuñán Guerrero. En ese estacionamiento yo he percibido más de una entidad. «Mamá, ¿qué hace ese caballero ahí?», me preguntó mi hijo apuntando al fondo del sitio. «Mami, ¿por qué está triste él? ¿Qué le pasó? ¿Y por qué está tan oscuro?». Lo que veíamos era a un hombre que deambulaba en medio de los autos. Iba vestido con ropa de época, terno café y camisa blanca a rayas. Su mirada se veía apagada y expresaba mucha tristeza y odio. Le expliqué

a mi hijo lo mejor que pude que era un señor que estaba cuidando los autos y que se sentía enojado porque quería irse a su casa, pues ya era muy tarde.

Días después, le tocó a mi pareja ir a dejar el auto al estacionamiento. Iba acompañado de mi hijo. Al bajarse, se le cayeron las llaves del auto al suelo, y como estaba oscuro, no lograba encontrarlas. «Papá, ¿por qué no le pides a este señor que te ayude a buscar las llaves?», le dice el niño. Pálido, mi pareja le pregunta: «¿De qué señor me hablas? ¡Si aquí no hay nadie!». «Pero papá, cómo no lo ves, si es el señor que anda ahí entremedio de los autos y te está mirando. Pídele a él que te ayude».

Del impacto, dejó no más el auto abierto, las llaves tiradas, tomó al niño y salió corriendo como si la vida se le fuese en ello. Al final tuve que ir yo a buscar las llaves y cerrar el auto porque él quedó en shock. A pesar de que yo le había advertido que mi hijo no mentía.

Anónima

La fotografía

Esta es la historia de una imagen que tiempo atrás capturó mi hermana. La había tomado para demostrarle al vecino que ella no ocupaba parte de un estacionamiento que según él estaba ocupando. A fin de zanjear el problema, decide tomar la fotografía con su celular. En ella encuadró su vehículo y la casa del vecino unos metros más allá. Sin embargo, cuando se envió la fotografía a su correo y la pudo ver, descubrió algo que no estaba originalmente en el lugar, porque desde donde tomó la foto no había ninguna posibilidad de captar el reflejo de un televisor o de una cámara. En la fotografía aparecía un rostro en la muralla de la casa, pero no se distinguía si era un rostro humano o de un ser del inframundo. Hasta el día de hoy no tenemos explicación.

Rodrigo, Temuco

No estábamos solos

Trabajo en una escuela muy antigua cercana a avenida Matta. Siempre llego temprano junto con

la persona que abre la escuela. Es costumbre para mí aprovechar el tiempo y avanzar con pendientes en la mañana. Solía llegar directamente a la biblioteca y un sinnúmero de veces, sentada frente al computador, en el piso de arriba se escuchaban pasos y sonidos de mesas que eran arrastradas. Esto sucedió muchas veces y nunca supuse que no había nadie más, hasta el día en que el ruido era insoportable y me obligó a llamar al auxiliar para preguntarle quién estaba en el segundo piso. «Nadie», me contestó. En ese momento me di cuenta de que en realidad no estábamos solos. El auxiliar y otros trabajadores hemos oído y sentido cosas que aún suceden. Sin embargo, nadie ha tenido miedo.

Hay personal recién llegado que no sabe de estos eventos, pero quienes somos más antiguos los conocemos. El nuevo portero de la escuela ha contado en más de una oportunidad que alguien se sienta en el sillón de la sala de espera todas las mañanas, y que esto se repite cada tarde. Pero como les cuento, no tenemos miedo de estas manifestaciones.

Cecilia, Santiago

Mi bisabuela

El día de la cremación de mi padre, a inicios de septiembre del año 2018, mientras los familiares esperábamos la indicación para acercarnos, pasó una anciana un tanto desorientada, dándonos la espalda todo el camino. Cuando llegamos al lugar de la cremación, notamos que se dio la vuelta para vernos. En ese momento, mi tía, mi mamá y yo descubrimos que esa señora era mi bisabuela, fallecida el 3 de julio del 2002. Al momento exacto de la cremación, la abuelita seguía con todos nosotros, pero nadie más notó su presencia.

Mariela León

La casona fantasma

Esto nos ocurrió el año 2002. Tres amigos y yo nos juntamos una tarde después del trabajo para salir a andar en bicicleta a las afueras de la ciudad de Punta Arenas. Nos reunimos en un punto estratégico y llevamos algunas provisiones para el camino, que sería largo. Decidimos ir en dirección al aeropuerto que queda a diez kilómetros por la carretera. Eran dos horas y media de ida y vuelta. Ya conocíamos bien el camino y nos gustaba salir en plena oscuridad porque nos daba adrenalina. Llevábamos una hora y poco más pedaleando. Casi a las dos y media de la madrugada nos detuvimos en una curva cerca de Chabunco. A la derecha solo teníamos el estrecho de Magallanes y nuestra única luz era la luna que alumbraba el camino. Allí, mientras descansábamos, un perro nos comenzó a ladrar a lo lejos. En ese momento, notamos que en esa dirección, entre los árboles y los cerros, había una casona de dos pisos, muy vieja, maltrecha y abandonada. El perro venía muy furioso desde esa casa, así que nos asustamos y salimos pedaleando muy fuerte. Una hora después llegamos al aeropuerto, descansamos ahí un rato y luego decidimos emprender el regreso por el mismo camino. Ya próximos a llegar a la casona, acordamos pasar muy rápido para que el perro no nos alcanzara en caso de que saliera de nuevo. No obstante, grande fue nuestra sorpresa y espanto al descubrir que la casa ya no estaba: el lugar era el mismo, pero el terreno que antes ocupaba la construcción estaba vacío, solo tenía pasto y árboles. Fuimos cuatro los testigos de este fenómeno inexplicable.

Anónimo, Punta Arenas

El llanto de un niño

Hice clases en un colegio de Maipú con nombre en inglés y cercano a La Farfana. La noche del 29 de octubre del 2013 en una kermesse ocurrieron situaciones muy extrañas. Alrededor de las diez se abrió la oficina y se escucharon risas de niños en su interior, pero luego todo quedó en silencio. Después golpearon la puerta de la sala en donde yo estaba. Más tarde, a medianoche, la situación se agudizó: se escuchaba el llanto de un niño y ruido de cadenas. El clímax se produjo cuando al entrar al baño sentí que un niño lloraba y se arrastraba. Se oía el golpe de sillas en las salas del segundo piso, pero arriba no había nadie y quedábamos pocas personas en el colegio. Luego de lo sucedido, un familiar me contó que en ese establecimiento se aparece un niño que murió a fines de los años noventa. También me contó que se aparece un señor de sombrero que toca la puerta cuando uno tiene la luz encendida en la noche.

Jorge, Maipú

Había alguien en la cama de mi hija

A mediados de 2019, una madrugada mi hija bajó a la cocina y subió nerviosa a mi pieza a preguntarme quién estaba sentado en el living a oscuras. Bajé de inmediato a ver, pero no había nadie. Asustada, nos pidió dormir con nosotros, en vista de lo cual mi señora fue a apagar la luz de su pieza.

Desde mi dormitorio escuchaba cómo prendía y apagaba la luz varias veces. Recién al otro día, para no hablar delante de la niña, le pregunté qué había ocurrido. Me contó que justo cuando estaba apagando la luz, vio a alguien acostado en la cama de nuestra hija, por lo que la volvió a encender, pero no había nada. Luego, al apagarla por segunda vez, ese «alguien» ya no estaba acostado sino sentado en la cama. Al encender una vez más la luz, tampoco vio nada, pero cuando la apagó una tercera vez, esta presencia volvió la cabeza hacia ella. Debido a esto, mi esposa decidió dejar encendida la luz de la pieza e irse a dormir. Desde entonces comenzamos a sentirnos muy mal en la casa.

Héctor

AGRADECIMIENTOS

Este libro y mi filosofía de vida, no serían posibles sin la colaboración de mi familia que entendió los sacrificios que implica para mí estar permanentemente con un pie en lo concreto y otro en lo metafísico.

Agradezco también la fe del profesor Hugo Zepeda, que me llama cada vez que puede para decirme que lo estoy haciendo bien. A mis referentes culturales, entre ellos y en especial al antropólogo Joel Gazis-Sax y la ghostlorista norteamericana Ursula Bielski, cuyo trabajo y consecuencia han sido siempre una inspiración. Y a Harrison Forman, porque él vio al rey del infierno.

En lo local, retribuyo a todos los que me han permitido intervenir sitios históricos. Al alcalde de Recoleta Daniel Jadue y a Raschid Saud, destacado director del Cementerio General, quienes le han dado continuidad a nuestro proyecto de visitas guiadas y de cine en el cementerio durante ya ocho años; a Karenlyn Mateluna, de la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Salud, por dejarme interpretar el espacio del ex Hospital San José comprometiéndome de paso con la defensa del lugar. A la exalcaldesa de Providencia Josefa Errázuriz, quien de modo visionario me facilitó, para los primeros ghost tours hechos con apoyo municipal, tres monumentos nacionales situados en su comuna, marcando con ello un antes y un después.

Quiero agradecer también al gran teórico del turismo chileno Andrés Sarmiento, quien sabe cómo ha sido la historia de mi aporte al cambio cultural y lo cuenta siempre. Y a mi editor, Daniel Olave, a quien ya respetaba desde antes y que me espabiló, esgrimiendo el argumento de que era el único tipo que conocía que estaba fichado en Primera División y no quería salir a la cancha a jugar.

A todos mis compañeros y compañeras de viaje, a los que se han quedado y a los que se fueron, a los que conservan un buen recuerdo y a los que no. Porque todos de algún modo nos definen.

Si quiere compartir algún audio, fotografía, video o testimonio, puede hacerlo al siguiente correo del autor:

cesarparraguia@gmail.com

Edición en formato digital: agosto de 2022

© 2022, Parra, Cesar

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566063629

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.megustaleer.cl